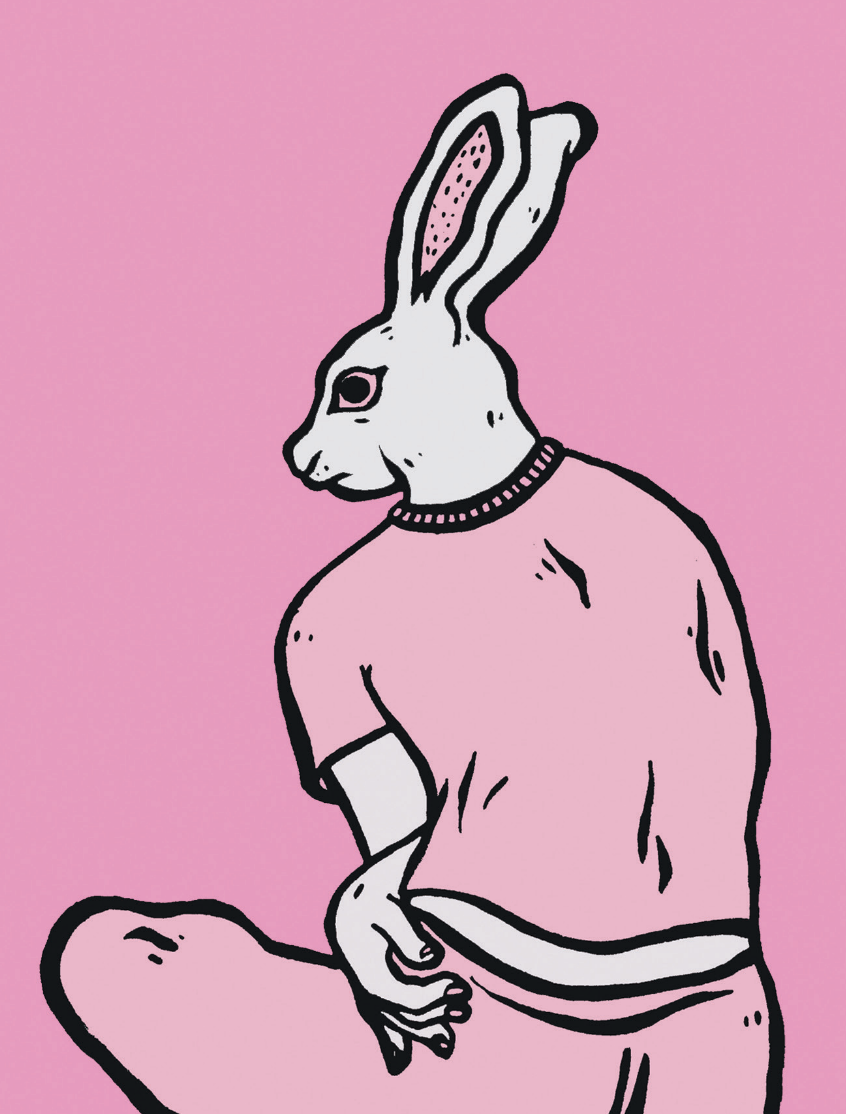
ASEXUAL

Fisiòn Ciruja



ASEXUAL

FISIÒN CIRUJA

ASEXUAL

Fisión Ciruja

Ilustración de tapa de Fisión Ciruja.

Revisión de texto de Ana Navia.

Diseño de tapa, interior y maquetación de Cuadernos Lumpen.

Editado por Cuadernos Lumpen.

1era edición de 200 ejemplares / Ciudad de Buenos Aires / 2019.

cuadernoslumpen@gmail.com // @cuadernos.lumpen

akira1317@gmail.com // @fision_ciruja

AIKE

Aike sube al colectivo y pide un viaje hasta Capital. Después de sacar boleto se sienta en el fondo, al lado del timbre. Un borracho sentado cerca le dice “mami”. Su amigo menos borracho lo agarra del brazo.

—Mami —repite el borracho—. Qué negra lagarta que sos.

Aike no le contesta. Por la ventanilla ve despegar una avioneta vieja del Aeropuerto de San Fernando. Se imagina ella misma en triplano, vestida de aviadora antigua. Una tormenta de viento da vuelta su avioneta, ella queda cabeza abajo, vomita. Se imagina los trozos de comida sin digerir atravesando colchones de nubes, cayendo en el pasto, filas de hormigas marchando hacia el vómito brillante. Aike también se imagina la sombra de un pie levantándose encima de los cuerpitos de las hormigas. Algunas terminan enterradas, otras pegadas a la planta del pie.

Parpadea y ve la hilera despareja de personas que esperan subir al colectivo. El cansancio les borra las caras. Compara a las personas con las hormigas de la fantasía. Las personas no le parecen reales.

Dos chicas en minifalda se sientan a su lado. El borracho les dice que son hermosas y enciende un cigarro.
El chofer para el colectivo y va hasta el asiento del borracho. Le acerca la boca a la oreja para que no se escuche lo que le dice.
—Llamá a todas las gorras que quieras, que yo voy a seguir fumando —le contesta el borracho. Su amigo le pega en la nuca.
—Apagalo, boludo, si ya nos bajamos.
—A mí nadie me hace apagar una verga.
El chofer reanuda el trabajo de persuasión. De los labios entrecerrados le sale un sonido suave, como una canción de cuna. Después de escucharlo un rato, el borracho se ríe y el cigarro vuela por la ventanilla abierta.
A lo mejor le contó un chiste, piensa Aike. A ella no se le ocurre ninguno.

BENNY

Conoce a Benny Gil en un foro de Internet sobre cine de terror. Su foto de perfil le llama la atención. Está rapado y el sobretodo de vinilo que lleva puesto le queda grande. Es director de una película independiente y algunos cortos, participa de todos los debates, tiene un blog con diarios de rodaje y reseñas de policiales clásicos. Aike le envía un mensaje privado preguntándole dónde puede ver la película.

En ningún lado. A mí no me banca ningún instituto ni mis papás, mi película es independiente, la hice yo solo con mis amigos y dos mangos. Es la mejor película independiente de la historia del cine argentino. Si te interesa verla, nos encontramos y te la vendo. Y si no tenés plata para comprármela, te la cuento.

En la post data del mensaje deja su celular.

El barcito está lleno, tiene que buscar con la vista. Benny Gil fuma al costado de una ventana. Ella se le

acerca y él la mira de arriba abajo, con cara de sorpresa.
—¿Vos sos Aike?
—Sí.
—¿Cuántos años tenés?
—Treinta y cinco.
—¿Treinta y cinco, posta?
—Sí.
—Bueno. Todavía sos medio joven. Pero tenés que cuidarte mejor la piel.
Aike siente ganas de salir corriendo. En vez de correr agarra una silla de otra mesa.
—Aike —repite Benny—, nombre raro. ¿Es japonés?
—No.
—¿De dónde es?
—No sé.
—¿Y vos?
—¿Qué?
—¿Sos árabe? ¿Hindú?
—No.
—¿Y qué significa tu nombre?
—No sé.
—¿Querés un cigarrillo?
—No, no fumo.
—Y decime, ¿te gusta el cine de terror?
—Sí.
—A mí no. Me gusta el western. Y el policial. Y las películas de catch. Pero todos los salames con los que me junto quieren hacer películas de terror. Así que les

doy el gusto a ellos y de paso me saco las ganas de hacer algo con mi vida. ¿Vos qué hacés?

–Nada.

–¿Estás desocupada?

–Sí.

–Qué cagada. Sin plata no podés hacer nada interesante.

–¿Vos tenés plata?

–Si tuviese plata no estaría sentado acá, sabelo.

Detrás de Benny aparece un chico alto, con una remera de Napalm Death. Le palmea el hombro, Benny se para, se abrazan. El chico se sienta al lado de Aike y le hace señas a una moza que mira la tele. Benny dice el nombre de su amigo en voz baja. Aike no entiende si se llama Matías o Martín.

Dos gorriones chocan contra el vidrio de la ventana, del lado de Aike. Aletean, recuperan el equilibrio, vuelan juntos hacia unas marquesinas. Aike los sigue con la vista hasta que se pierden en un resplandor. Dice que tiene que irse pero nadie la escucha.

LEÓN

León duda si golpear la puerta o entrar con su propia llave. Sin darse cuenta de lo que hace, mete la llave al revés. Trata de sacarla de un tirón y la llave se parte en dos. Una mitad queda adentro de la cerradura, la otra mitad entre sus dedos. Se mira los dedos, después mira a su alrededor. El sol sale detrás de una casilla de color naranja en la calle de enfrente.

Camina por el pasillo del costado hasta la puerta del fondo. Su hija tiembla de frío, apoyada en el marco. No lo saluda. Trae una estufa eléctrica y pone la pava encima del anafe. En la mesa hay un cuaderno abierto. León se inclina para leer pero no entiende la letra.

Hace tres meses que no viene a esta casa. Quiere preguntar si el agua de la ducha sigue saliendo marrón, si el desagüe de la cocina se volvió a tapar. Son preguntas simples pero no sabe cómo hacerlas. Aike está cada vez más flaca y canosa. León se aguanta un mal pensamiento. Busca una memoria querida para conjurarlo.

Se acuerda de un pájaro que le gustaba de niño.

Azul, verde y plateado, no sabe cómo se llama. En el recuerdo planea junto a sus compañeros, cruzan islas recién amanecidas. Con el vuelo del pájaro se le va la preocupación por la casa y por el mal aspecto de su hija. Deja un fajito de billetes al costado del cuaderno y enciende un cigarrillo.

Aike le pasa un mate. León lo toma y espera que ella diga algo. En los bordes de la mesa hay pelusas, yerba seca. Agarra una pelotita negra. Es un bicho brillante que se desenrosca y le corre entre los dedos.

Acobardado por el silencio, va al cuarto que compartió con su primera esposa. Pronto se cumplirán diez años de la muerte y la habitación sigue igual. Ocho años desde el casamiento de León con su segunda mujer, siete años de su mudanza al barrio vecino.

Sube la persiana, abre las puertas del ropero. Acaricia las polleras, las blusas, se huele la punta de los dedos. En otro estante hay perfumes, delineadores, un peine viejo. Palpa el enredo de pelos rubios, se los pasa por los labios.

Está un rato largo mirando la pared comida por la humedad, hasta que le suena el celular. Ve dos mensajes en la pantalla. Marca "llamar" pero adentro de la habitación no hay señal.

En la cocina, Aike golpea la mesa con una birome.

—Me voy yendo —le dice León. Se saludan haciendo chocar las mejillas.

De camino a la parada del colectivo, León se acuerda

de la cerradura rota, de las paredes podridas, del agua marrón que sale por las canillas del baño. Piensa si volver y dejar unos pesos extra para el arreglo o llamar a un plomero. Pero acelera el paso y después corre por miedo a perder el colectivo del barrio.

SIGMA

–¿Cómo te salió ese coso tan enorme en el mentón? –pregunta la chica gótica.
–Primero creí que era un grano –responde Sigma–. Pero con el paso de los días fue creciendo.
–Te está cambiando la cara. Si te sigue creciendo te vas a transformar en otra persona.
–Eso quiero, transformarme. Pero no en una persona.
–¿En qué?
–En mí.
–Bueno, suerte con tu metamorfosis.
La chica gótica le pasa un billete. Sigma le da el vuelto y ella sale del ciber y mezcla su silueta de vinilo negro entre las filas interminables de personas de la hora pico en Capital.
Sigma apoya los codos en el mostrador. Se toca el quiste. Presiona con la punta del dedo pero no siente nada. Su mamá le dijo que no le duele porque es un tumor maligno.
Un tumor como un bebé, piensa Sigma. O como un gusano alienígena de color azul que atraviesa galaxias. Se encuentran, se enamoran, el gusano le embaraza el

mentón. Pero al ser un embarazo extraterrestre, Sigma se transforma en un feto dentro de su propio cuerpo. Se pare a sí mismo, envuelto en leche verdosa. La leche se seca, se descascara y deja su nuevo cuerpo al descubierto, igual que en Ghost in The Shell.

La voz de un cliente que lo llama desde el fondo del ciber agrieta el ensueño. Sigma ignora el llamado, aferradx a las transparencias que todavía relampaguean en su cabeza. Al rato el cliente, un metalero alto y tatuado, pega una piña en el mostrador.

–Te estoy llamando hace media hora, ¿sos sordo o pelotudo?

–Pasate a la máquina seis.

–Ya me pasaste de la máquina 9 a la 12. ¿Sos pelotudo o te hacés?

Sigma le dice que si no está conforme con la atención se vaya a otro ciber. El metalero le mira el quiste, suspira y se va.

SAILOR MOON

Benny se para de un salto y le dice al amigo con la remera de Napalm Death:

—Pedime un cortado mientras voy al baño a echarme un cloro.

Aike aprovecha para escaparse. Sale sin saludar al amigo de Benny, que nunca sabrá si se llama Matías o Martín. Llega a su casa de noche, se tira a dormir con las zapatillas puestas y la luz prendida.

A la madrugada, una tormenta eléctrica corta la luz. Aike se despierta con la explosión del rayo y prende una vela. Se sienta en la cocina, envuelta en el acolchado. Garabatea algo en su cuaderno de cuentos pero tiene los dedos fríos. Va hasta la heladera, la abre. Sin luz parece más vacía. Se queda sosteniendo la puerta con la pierna. Mirando sin ver el interior gris, se le ocurre un cuento. La protagonista es Sandra, fanática de Sailor Moon que sueña con ser sailor scout. A medida que crece, engorda y le salen granitos. A los dieciocho años ingresa en la Escuela de Cadetes de la Policía Federal. Si no puede luchar por el bien como sailor scout, será

policía.

En la Fuerza se siente poderosa. Aguanta el bullying de compañeres y superiores porque es la mejor francotiradora de su curso.

Llega el verano y la fiesta de graduación en la quinta del comisario. Sandra asiste a la fiesta con una malla blanca enteriza y mucha vergüenza. Mientras camina por el borde de la piscina, escucha que alguien dice:

—Liberen a Willy.

Nunca estuvo en malla delante de tantas personas. Se larga a llorar.

Al rodar por sus mejillas, las lágrimas se transforman en pequeños diamantes. Una luz inflama el cielo y del agua turquesa de la piscina, emerge Sailor Moon.

—¿Por qué lloras? —pregunta.

Sandra le cuenta cuánto le duele que sus compañeros la humillen por su peso. Sailor Moon le promete que castigará a todos en el nombre de la luna. Eleva el cetro mágico y arroja un rayo rosa y caliente.

—¡No voy a soportar que sus bromas abusivas dañen a una chica tan hermosa, como mi amiga Sandra! —exclama conmovida.

El rayo desmiembra lentamente a los policías recién graduados. La pileta se llena de sangre y pedazos de carne humana.

Sailor Moon le pregunta a Sandra si se siente mejor. Sandra dice que se sentiría mejor si pudiese ser ella también una sailor scout y proteger al mundo del mal.

—Sandra, soy muy poderosa, tal vez más que cualquier heroína de anime... Pero convertirte en un dibujo animado está fuera de mis posibilidades. Lo siento.
—Entonces mátame con el rayo rosa —le pide Sandra.
—Okey —dice Sailor Moon y la desmiembra lentamente.
Aike quiere escribir el cuento tal como le viene a la cabeza pero tiene los dedos demasiado duros por el frío. Va hasta su habitación. La oscuridad del cuarto palpita, como un corazón gigante. Aike grita de miedo y corre a la cocina, enredada en el acolchado.
Busca más velas en los cajones de la alacena. Encuentra una sola, usada hasta la mitad. En la base tiene pegada la pata de una cucaracha. Se sienta en la mesa, con la vela sin prender en una mano y el encendedor en la otra. De a poco se queda dormida.
La despiertan el frío y las ganas de orinar. En vez de ir al baño se pone un camperón inflable y sale de la casa. El aire helado de la calle le quema la nariz. Se da cuenta de que todavía lleva la vela en la mano y la tira en un zanjón. Piensa en la casa de Sigma, en el baño estrecho pero limpio, en chorros de agua caliente abrazándole la espalda, en cremas para el pelo y el cuerpo. En la gente que vive en otros pisos. En edificios cómodos, con agua corriente y calefacción. En gente moviéndose adentro de los edificios como calor. En cada paso que dan esas personas, en cada aliento, hay una confirmación de bienestar.
Cuando llega a la parada de colectivos los faroles de

la plaza comienzan a encenderse uno a uno. Luego se encienden las luces de las calles y de algunos patios. Aike corre de vuelta a su casa con los ojos entrecerrados y la boca abierta. Se mete vestida en la cama con la mochila y las zapatillas puestas y se duerme con la luz encendida. Un rato después escucha ruidos en la puerta del living, jadeos, algo que se quiebra. Se restriega los ojos para parecer más despierta pero la fricción le apaga la mirada.

Hace mucho que su padre no viene a la casa. Tres o cuatro meses. Le parece más flaco, más canoso. Él la saluda, ella le da la espalda. Va a la pieza a buscar la estufa y se acuerda del cuento con Sailor Moon. Lo rehace en su cabeza, escena por escena, mientras prepara el mate. Ojalá escribirlo fuera tan fácil como cambiar la yerba, golpear un poco la bombilla, inclinar la pava y echar agua, piensa. Le pasa un mate a León y se queda callada, esperando que su silencio lo haga irse.

LA ABUELA

León come un pedazo de carne en la casa de Cristina, su segunda esposa. La corta con tanta furia que la sangre salpica las botellas de vino tinto. Tira los cubiertos a un costado y lanza una puteada pero no se escucha. Su hija y su esposa comen lechuga mirándose la falda. Agarra de nuevo los cubiertos y se sirve un chinchulín medio crudo, que salta del tenedor al plato como un bicho asustado. León se lo lleva a la boca pero lo deja. Su estómago va a necesitar espacio para el postre de paltas que preparó a la mañana y ahora toma cuerpo en el frízer.

Días atrás un vecino del barrio donde trabaja de vigilador le regaló tres kilos de paltas. Eran del árbol de la esquina de su casa y se las regalaba a unos chicos que pedían comida en el barrio hasta que los descubrió vendiéndolas en la estación de tren.

—Esos no tienen hambre —se indignaba el vecino—. Esos quieren comprarse falopa.

León le había pedido a su esposa que hiciera un postre de paltas para el almuerzo con Aike. Cristina le dijo que

no existían postres de palta.
—Yo conozco un montón de postres con palta —dijo León.
—Hacé el postre vos entonces, y dejame de joder —le contestó ella.
—Esos no tienen hambre —repetía el vecino mientras le daba la bolsa llena de paltas— ¿A usted le parece? ¿Andar vendiendo un regalo de la naturaleza?
Qué sabrá ese mamerto de la naturaleza, piensa León, mareado por el tinto. La naturaleza para él es un río atravesando la selva, silencioso e indiferente a las opiniones de las personas sobre lo natural. Se acuerda de cuando cruzaba el Pilcomayo en bote, con su abuela. Tenía ocho años y ella le convidada traguitos de caña. A veces tragaba la caña demasiado rápido y vomitaba en el agua de color verde oscuro. La abuela y él siempre llegaban en pedo al hogar y la madre de León les pegaba a les dos.
Se toma el resto del vino que le queda en el vaso y vacía la última botella de tinto. Las caras frente a él se nublan. León les habla sin entender lo que está diciendo. Mezcla a su abuela y el río con los chicos que venden las paltas en la estación de tren. La abuela trepa un paltero gigante que atraviesa las nubes y se pierde en el espacio. Él la llama desde el bote porque la corriente lo arrastra con demasiada fuerza y siente terror de morir solo, en medio del agua.
Aike se levanta de la mesa, agarra la mochila y le da

un beso a Cristina. El movimiento brusco de las sillas despierta a León.

—Te vas antes del postre —dice. Se para demasiado rápido y le tiemblan las rodillas.

—Esperame que te acompaño.

Caminan despacio hasta la parada de colectivos, Aike con la cabeza tapada por un gorro y una bufanda de lana negra. A León le da miedo la ropa oscura y raída de su hija. Antes de llegar a la parada, ella le dice que el colectivo ya viene, que si caminan tan lento lo va a perder y se va corriendo para alcanzarlo.

De vuelta en casa, León se tira en la cama. Escucha a Cristina lavar los platos. La vajilla entrechocándose lo adormece, cierra los ojos y ve de nuevo a la abuela. Surfea desnuda en el lomo de una piraña gigante. Él sigue remando el bote de su infancia. El río crece, la correntada voltea el bote, las aguas verdes tragan a León. Patalea y bracea y cuando se le agotan las fuerzas se da cuenta de que no muere. Entonces se deja ir dentro del verde hasta tocar el fondo pantanoso.

JULIÁN Y TAKASHI

Aike entra al ciber del barrio vecino y pide una máquina. En la bandeja de entrada de su email hay un mensaje de Benny Gil invitándola a tomar un café en Capital.

Un café nosotros dos solos, con más tiempo para charlar. Porque la otra vez que apareció mi amigo te me escapaste. Venite así charlamos de películas.

Dale, escribe Aike.
Se encuentran cerca del obelisco y se saludan con un beso en la mejilla. Benny le pregunta si antes de ir al bar lo acompaña a una galería.
—Le devuelvo esta película a un amigo y nos vamos —promete. Caminan el resto de las cuadras en silencio.
Los amigos de Benny son dos, se llaman Julián y Takashi, usan crestas y toman cerveza sentados en un barcito al fondo de la galería. Benny les presenta a Aike, ellos la saludan con la cabeza. Después de la presentación, Benny le pasa un sobre a Takashi con una mueca de disgusto. Adentro del sobre hay un DVD.

Afuera del sobre, el nombre de la película: "Society".
Aike la conoce. En la escena final el protagonista va a una orgía de mutantes y descubre a su padre mutante teniendo relaciones sexuales con el resto de su familia, también mutante. Quiere mencionar la escena pero cuando abre la boca Benny alza los brazos para enfatizar lo estúpido que le parece el argumento y sin darse cuenta le incrusta el codo entre las tetas. Se da vuelta y se la queda viendo con cara de enojo, como si ella lo hubiera golpeado a él.
Takashi deja unos billetes sobre la mesa y choca puños con Benny y Julián. Aike aprovecha la despedida y se levanta para irse pero Benny la toma de la mano.
—Pará, no te vayas, bancame que llamo a mi mujer para avisarle que llego más tarde —dice y se aleja manipulando el celular.
—¿Vos estudiás cine? —le pregunta Julián a Aike.
—No.
—¿Y de qué lo conocés a Benny?
—De internet. Del foro de pelis gore.
—Ah, claro. No sé qué hace Benny en ese foro. Odia las películas gore.
—¿Y vos de qué lo conocés?
—Hicimos parte de la carrera juntos. El primer año nada más, porque a Benny lo echaron al toque.
—¿Por qué lo echaron?
—Dijeron que había robado equipos.
—¿Y de verdad robó?

—Con Benny nunca se sabe. Igual, lo re banco, a esos chetos lo que les sobran son cámaras.
Un empleado de la galería empieza a bajar la persiana de la entrada.
—Habrá que irse a larvear a otro cubículo —dice Julián. Va hasta donde Benny y le da un coscorrón en la pelada.
Aike sale de la galería sin saludarlo. Camina por la calle fría, refugiada en el calor del camperón viejo. Al rato siente que alguien le toca la espalda. Es Benny. Echa humo por la nariz.
—Te me escapás otra vez. ¿No te podés quedar un rato más?
—No.
Él mira los autos que pasan. Aike espera que diga algo más, pero él sigue mirando autos. Entonces ella dice:
—Voy a perder el colectivo.
Lo saluda con la mano y se va corriendo.

EL MONOAMBIENTE

Aike espera una hora en la parada del 60 hasta que la kiosquera de la esquina le avisa que esa línea comenzó un paro por tiempo indeterminado.

Recorre las avenidas mirando el piso, buscando algún billete caído. Siente húmeda la nuca, llueve en Capital. El cielo color tormenta la entristece. Pero cuando baja la vista encuentra un billete de veinte pesos cerca de sus pies.

Entra en un bar y se sienta de cara al televisor. Pide té solo, abre la mochila, saca cuaderno y birome. En la tele dan fútbol. Dibuja algunos jugadores, una pelota surcando el campo. De la pelota brotan ramas que penetran la cabeza del arquero. El arquero se fusiona vegetalmente con la pelota. Aike dibuja un globito de diálogo al costado de la criatura producto de la fusión. La criatura dice miau. A las dos de la madrugada la moza viene a cobrarle y a pedirle que se vaya.

Aike cruza Capital a pie hasta el edificio de Sigma. Camina por el pasillo espejado mirándose de reojo, abre la puerta del mono ambiente y se mueve por la

negrura tanteando muebles. De la habitación contigua le llegan los ronquidos superpuestos de les xadres de Sigma. Encuentra la puerta que divide la cocina de la habitación, la cierra con cuidado. Prende el velador, abre el futón y se tira con la ropa húmeda y las zapatillas puestas.

Ahora puede hacer cualquier cosa que le dé la gana. Comer, ver tele, escuchar música, jugar en la compu. Hay una heladera en penumbras, a pasos de donde está echada. Al lado de la heladera, un microondas, un cesto con frutas, otro con porciones de pastafrola casera. Piensa en bañarse, ponerse ropa seca, comer algo caliente. Quiere levantarse y no puede. Se duerme y sueña que mira videos y come pastafrola mientras se ducha, sueña que come dormida, que se come a sí misma, que se la come su propio sueño.

HORUS

Sigma termina su turno en el ciber a las cuatro de la mañana del domingo. En lugar de cerrar el negocio se queda conectadx jugando un juego de rol con elfos, ogros, castillos y dragones. Su clan trata de invadir el castillo del clan rival. Luego de seis horas de participar del asedio la vista se le nubla y los dedos se le ponen rígidos. Le parece ver a Agustín, su compañero de trabajo, entrando en el local. Pero la cabeza se le apaga y se desmaya sentadx.

—Adicto de mierda, cuántas horas más vas a estar acá —dice Agustín.

Pasa detrás del mostrador y le da un golpecito en la espalda. Sigma se cae del taburete, su cabeza pega contra la caja registradora y se abre la ceja. Agustín le palmea la cara hasta que Sigma abre un ojo manchado de sangre.

—Mi armadura —balbucea—. Mi armadura nueva.

Se sienta a tomar agua con azúcar en el interior de una cabina telefónica. Después va al baño, se lava el corte, se saca la camisa y se pone la remera de NERV. Agustín lx ve irse mientras enciende las máquinas del fondo.

—¡Saludá, forro! —le grita.

En el departamento, Sigma encuentra a Aike durmiendo en la cocina, en su futón. Sobre la mesa, una nota de su mamá. Le avisa que ella y el padre fueron a la casa de una tía en Quilmes y regresan por la tarde. Que se fije

que Aike no se coma toda la pastafrola. Sigma enciende la hornalla grande y pone la nota encima del fuego.

Pasa al baño, abre el agua caliente al máximo. Ya bañado, se tira desnudx en la cama de sus xadres y sueña con Horus, el dios egipcio.

—A veces no puedo evitar preocuparme por mi quiste —le confiesa—. Temo que sea maligno.

—No es maligno, es hermoso —responde Horus.

Los dedos incandescentes del dios acarician el bulto de grasa y se hunden en los ojos de Sigma hasta tocar el cerebro.

—Tu cerebro también es hermoso, como mil escarabajos de sangre.

Sigma se toca el agujero en la cabeza y eyacula.

Lo despierta la discusión de la familia del primero B. Se mira el corte de la ceja en el espejo del baño y vomita en el lavatorio. El mechón de pelo verde le cae encima de los ojos. Más fija la vista en el mechón, más se engrosan las hebras, como una selva.

En la cocina, Aike tiene la mitad del cuerpo metido en el mueble debajo del lavaplatos. Hay ollas y fuentes desparramadas por todas partes. Sigma quiere preguntarle qué hace metiéndose adentro del mueble pero no le salen palabras.

—Perdón —dice Aike—. Ahora arreglo todo.

Comenta como al pasar que estaba aburrida y que siempre quiso saber si su cuerpo cabía entero en ese hueco de la casa. De repente se tapa la boca con la

mano y señala la ceja herida.
—No es nada —dice Sigma—. Me caí en el trabajo.
—¿Pero estás bien?
—Sí.
—¿Pero perdiste sangre?
—Un poco.
—¿Y si se te infecta?
—No se va a infectar.
—Dejame que te pase alcohol.
—El alcohol no sirve para nada. Si te infectás, es peor. Necrotiza el tejido.
—Yo siempre le echo alcohol a mis heridas.
—Así estás.
—¡Javier! —la voz cavernosa de Richar, el padre de Sigma, retumba en el pasillo del edificio— ¡Javier! ¡Ayudame, carajo, que vengo del súper!
Sigma corre por el pasillo, llega hasta Richar y le arrebata las bolsas de las compras.
—¿Por qué me tienen que llamar siempre a gritos, con ese nombre de mierda?
Mientras grita, ve todo rojo. Pero Horus aparece en su mente y una ola azul eléctrico barre la furia.
—Tu cerebro es hermoso —dice Horus—. No apagues tu cerebro.

POLLY

Benny abre la puerta del departamento con unx bebé dormidx en brazos. Adentro hace calor. Aike se saca las dos camperas y las cuelga en un perchero de metal. La luz del living es baja, como la de los albergues transitorios.

–Ponete cómoda, que ya vengo, tengo que acostar a la brujita

Benny se mete con lx bebé en la habitación. Aike se acerca a la biblioteca. Lee los lomos de los libros, son todos de magia y astrología. Abre uno al azar. Aparece una carta de tarot. En la ilustración, un rayo blanco parte una torre en dos desde la corona. Un vigía se arroja desde lo alto, otro escapa por el pórtico. Significa replanteamientos, ruptura. Cosas que ya no pueden seguir como están. Enfermedad. Muerte.

–¡Qué caripela! –dice Benny– ¿No te gusta mi biblioteca?

–No, es que no creo en estas cosas.

–No son cosas, es ciencia.

–No sé.

–¿Qué es lo que no sabés?

–Para mí la ciencia es otra cosa.
–¿Ah sí? Explicame la ley de gravedad.
Aike se pone colorada.
–¿Y de física cuántica sabés? Explicame la física cuántica, dale.
Benny se mete en la cocina, ella lo sigue. La pileta y la heladera relucen, no hay un vaso fuera de lugar. Benny saca una pre pizza de la heladera, la rocía con Kétchup y orégano, le pone queso y la manda al horno.
–Qué limpio está todo –dice Aike pasando un dedo por el borde de la bacha.
–¿Viste? Pero está así de limpio gracias a mí. Lo que es mi señora esposa no te toca un plato.
–Pero ella trabaja, ¿no?
–Sí. Con eso me corre, con que ella trabaja los doce meses del año y yo tres. Pero es una excusa de ella para seguir siendo una roñosa. Siete años que estamos juntos, y no aprendió nada. Qué hija de puta.
Aike se asoma a la ventana abierta para sentir el aire frío y descubre un cementerio de puchos y fósforos en el alféizar. Benny le pasa un cigarrillo encendido. Ella le dice que no fuma pero él le insiste hasta que lo agarra.
–Se queja todo el día del hospital y de las compañeras y de que siempre ve morir gente. Yo le digo, por lo menos te sentís mal porque viste alguien muerto. Yo estoy tres meses por año chupándole las bolas a un publicista enloquecido de merca que se queja porque un alfiler entre quinientos tiene la cabeza de diferente

tamaño. ¿Y lloro, acaso? Pero bueno. Así es todo con las minas. Qué lástima no haber nacido puto. Tendría menos problemas.

—¿Te parece que los gays tienen menos problemas?

—Por lo menos no les dan ganas de coger mujeres.

—Si tanto te molestan las mujeres tendrías que estar solo.

—¿Cómo solo?

—Solo. Soltero.

—Si vuelvo a estar soltero, me enamoro de nuevo y me encajeto. Es un castigo. Las minas son un castigo.

Benny apaga el cigarrillo en el alféizar y corta la pizza. Aike se mira en las ollas pulidas como espejos. Siente la urgencia de irse.

—Traete unos vasos —le dice Benny—. Y prepárate. Vas a ver la mejor película independiente de tu vida.

La protagonista de la película es Polly, una bailarina a go-go. Tiene varios amantes obsesionados con ella. Un mentalista nazi, dos lesbianas asesinas, un luchador de sumo y un demonio lovecrafniano. Polly desaparece y ninguno de los amantes puede encontrarla. La buscan, se cruzan y se matan entre sí, por celos.

Cerca del final, el mentalista nazi es violado por un astronauta sadomasoquista.

—Ese culo que se están violando es mío —dice Benny con la boca llena de pizza. El nazi y único actor profesional se había negado a bajarse los pantalones a último momento.

–Qué poco profesional, un actor real que no se anime a mostrar el orto. Si sabía ni me molestaba en llamarlo.
–¿Pero él ya sabía que se tenía que desnudar?
–En el guión está bien claro: aparece astronauta y viola al nazi.
–Pero no dice que está desnudo.
–¿Y cómo te vas a violar a alguien si no está desnudo?
Aike se para para irse pero se da cuenta de que no se siente capaz de dar una excusa apropiada.
–¿Y? ¿Qué te pareció?
–¿Qué?
–¿Cómo qué? ¡Mi peli! ¿Qué te pareció?
–Re loca –dice Aike, viendo pasar los títulos.

PIRULO

León levanta la cabeza del diario y se da cuenta de que se pasó dos cuadras. Del apuro por bajar del colectivo le golpea la cabeza a la chica sentada a su lado.

—Viejo pelotudo —se queja la chica. León va a tocar el timbre pero se queda memorizándole la cara. Si un día la llego a cruzar sola, le saco los mocos de un sopapo, se promete. Toca timbre varias veces.

—¿Qué querés, papá? ¿Sacarle lustre al botón? —le grita el chofer.

Qué día de mierda me espera, piensa León. Se baja a ocho cuadras de la parada.

Camina a paso rápido hasta la casilla de vigilancia, pero una punzada en las corvas lo obliga a aflojar. Se resigna a caminar despacio y para distraerse, compara un chalet con otro. Cada uno más amplio, más opulento. León piensa en limpiadores de alfombras que mientras aspiran registran cada detalle de los chalets. En entraderas que terminan en homicidios frente al resto de la familia. En jefes con plata que tuvo de joven, en lo amarretes que fueron todos. Pasa por la casilla del gordo Miguel, tuerto

por hacerse el héroe y entrar desarmado a pelearse con los chorros. León opina que lo tendrían que haber dejado ciego, por comedido de mierda.

Cuando está abriendo la puerta un ruido de engranaje oxidado lo hace parar en seco. El ruido se detiene con él. Abre la puerta, adentro, nada.

Saca el termo y el paquete de yerba y desliza los dedos ásperos por el mate. Se ceba uno así nomás, sin azúcar ni café. Quiere recibir el calor de la madera pulida en las palmas de las manos. Entonces, de nuevo el chirrido. Sale en puntas de pie, palpándose el cuchillo de caza contra la ingle.

El ruido viene de atrás de la casilla. Es un cachorro con el lomo comido por la sarna. Estira las patitas como queriendo correr pero solamente puede temblar.

—Qué pasa, pirulo. No te asustés, shh.

Lo alza cuidando de no apretar ninguna parte blanda. El cachorro se mea encima. León abre una lata de paté, saca un dedo y se lo arrima al hocico.

—Qué hambre, pirulo. Cuánto hace que no comés.

Le da el resto del paté y sale a lavarse las manos en el grifo del jardín vecino.

El sol ilumina las copas de los naranjos. Se abren garajes y puertas de autos. Niños con ropa de colegio salen a desgano, emponchados como muñequitos de nieve. Las adolescentes de jumper cortito, desfilan las piernas enrojecidas de frío por la vereda. Madres y padres lo saludan agitando un brazo o levantando el pulgar.

Algunos le gritan:
—¡León! —y automáticamente le dan la espalda.

TETSUO

Aike se despierta sofocada, con la entrepierna pegajosa. Va al baño y se sienta en el inodoro. Está manchada con menstruación desde el nacimiento de los muslos hasta las rodillas. Se queda mirando el lavatorio podrido por la humedad. Se imagina abriendo la canilla, lavándose con agua tibia. Metiendo la ropa interior y el jogging en un fuentón con jabón en polvo. Poniéndose una toallita súper absorbente. Tomando una pastilla con un té. Pero no hace nada.

Los caños ahora funcionan bien y el agua sale limpia pero la correa del bombeador se cortó hace varios días y el tanque está vacío. El único toma corriente bueno lanza chispazos cada vez que enchufa el anafe. Tampoco tiene tampones ni toallitas, ni un cuadrado de tela que sirva de apósito, ni calzones limpios. La mandíbula se le pone rígida del dolor. Aspira, exhala. La bola de dolor sigue camino hasta el vientre, baja, se disuelve en un pedo. Me tendría que parar y hacer algo, cualquier cosa, piensa. Estira el brazo y lo deja colgando en el aire hasta que se cansa y lo baja.

Agarra más papel y arma una compresa para bloquear la menstruación. Tan abundante y negra es su sangre, los coágulos tan grandes, como fetos de varias semanas. Se acuerda de la película Akira. Cuando Tetsuo crece sin control. La carne se le agiganta, chupa todo a su alrededor, se traga a su novia, a su mejor amigo. Pero tiene miedo. Tetsuo es enorme como un planeta y poderoso como un dios. Pero está solo. Tan solo con todo ese poder.

MARTA

Un grito sobresalta a Sigma. Se tapa la cara con la almohada y trata de relajarse pero el vecino del primero B grita otra vez. Se para de un salto del colchón tirado en el piso y va hasta la cocina. Su madre y Aike toman mate y miran C.S.I. Marta se coloca ruleros de plástico de diferentes tamaños frente a un espejo con aumento. Aike tiene los ojos vidriosos y mueve una pierna sin parar.

—¡Por fin se levantó el bello durmiente! —ruge Marta. Lx manda a comprarle yerba y cigarrillos suaves. Mientras busca la mochila, Sigma escucha que Marta le pregunta a Aike cuándo piensa tener hijos.

—No quiero ser madre —responde Aike.

—Quieras o no, mija, ya estás grandecita para andar sola. De acá a diez años te vas a arrepentir.

Sigma se ríe y Marta le pregunta de qué se ríe, justo él. Que vaya de una vez al médico a quitarse esa pelota de rugby de la cara

—Tenés que apurarte, mija. No todas tienen la suerte de tener hijos de grande y que no les salgan daun. Yo

tuve suerte. Tranquilamente este pelotudo me podría haber salido peor de lo que es. Pensá bien lo que estás haciendo. De acá a diez años vas a tener cuarenta y cinco y se te va a cerrar la fábrica. ¿Y qué va a pasar? Vas a estar sola con tu alma. Igual que este otro. A ninguno le viene bien nadie. Solos como perros. Más vale que yo me haya muerto, ya. Cómo me voy a reír, si no.

Sigma llega hasta el chino de la esquina pero antes de entrar da la vuelta y camina hasta su ciber.

—¿Qué hacés acá? —le pregunta Agustín— Tu turno es en 15 horas, otako sucio.

—Dame una máquina del fondo.

—Pasate a la 28.

—Más al fondo. Al fondo de todo.

LA TERRAZA DE JULIÁN

Es medianoche y Aike va a una reunión de la productora de Benny en la casa de Julián. En la esquina de la terraza hay una parrilla humeante, al costado, Benny y Takashi toman cerveza. Benny le sonríe y alza la botella. Julián le pregunta si es vegetariana. Aike dice que sí y él se lamenta porque las hamburguesas son todas de carne.
Benny y Takashi hablan de la película en la que trabajan como técnicos. Aike entiende enseguida que es una porno. La dirige un tipo apodado El Conde. Los tres amigos se burlan de las manías del Conde y su fascinación por las lesbianas.
—Igual esas no son lesbianas, son pibas lindas —dice Benny—. Y este pajero las desperdicia en chupadas de cajeta. ¿Para qué vas a hacer una porno nada más que de cajetas? ¿Quién la va a ver? Cuando aparece el chabón con la verga al palo y se las empoma a todas, ahí empieza la porno real.
Julián le pide a Takashi que cuente la anécdota del storyboard. Takashi se ríe, la cresta se le mueve como un abanico.
—El primer día de laburo el Conde nos muestra el storyboard con su porno lésbico…
—Veinte páginas de cuadritos con garabatos de argollas chupadas, de capricornio tenía que ser— interrumpe Benny.
—… y lo tiene encima todo el tiempo. Les grita a las

chicas que le pongan más onda y mira el cuaderno. Y en un momento lo veo que deja el cuaderno en un sofá y se va a tomar café. Ahí nomás lo agarro, voy hasta la cocina, lo embolso y lo meto en el frízer, debajo de unas bandejas de bifes. Al rato el Conde camina por las paredes. Hijos de puta, nos grita, ustedes me escondieron el story.

Después de media hora de enloquecer al Conde y por miedo de que interrumpa el rodaje, Takashi finge encontrar el cuaderno detrás de un sofá. El conde agarra el cuaderno y grita que está frío y que son todos unos hijos de puta.

Benny escupe la cerveza. Cuando se le pasa el ataque de risa, toma la mano de Aike. Ella se sobresalta.

–Y vos que estás desocupada, ¿no querés ser directora porno?

–¿Cómo?

–Directora porno. De nuestra productora.

–No... no sé cómo se hace.

–No tendrías que hacer nada. La hacemos nosotros y te ponemos para que des reportajes. Y vos hablás de la sexualidad de las minas y que te gusta mirar bultos. Eso le daría más llegada a las pelis. Y de paso les cerraríamos el orto a las mal cogidas anti porno.

–No puedo hablar de algo que no hice.

–¿Por qué? Estamos en 2004, cualquiera puede hacer lo que se le cante el orto.

–No sé. No me parece.

—Dale. Lo único que tendrías que hacer es maquillarte y vestirte mejor. Yo te puedo conseguir ropa y zapatos de ferias por poca plata. Y te tendrías que tapar un poco las canas. Sin canas debés dar diez años menos.
—No sé. No me gusta el porno.
—¿Cómo no te va a gustar?
—No me gusta. El porno de humanos no me gusta.
—¿Pero qué decís? ¿Cómo el porno de humanos? ¿Te gusta mirar animales? Jodeme que sos zoofílica
—No. No me gusta el porno con personas. Prefiero el porno animado.
—¿El queeeé?
—Se llama Hentai —explica Takashi.
—Pero no entiendo. ¿Mirás eso para hacerte la paja?
—A veces. A veces lo miro porque me gusta mirarlo y nada más.
—Qué tipa más rara. ¿De dónde saliste, chabona?
Aike se da cuenta de que los tres varones guardan silencio, a la espera de más detalles. En vez de seguir hablando, pide permiso para ir al baño. Julián le indica la segunda puerta después de la escalera.
Se baja el jean, la bombacha, se sienta en el inodoro pero no orina. Hay una bañera, un espejo oscuro. Se acerca al marco del espejo. Es de madera rústica. Un pulgón pasea por las vetas. Lo persigue con la vista hasta que el bicho desaparece dentro de una grieta invisible.
Se sube la ropa, se sienta de nuevo en el inodoro.

Busca una excusa apropiada para irse. Arma frases en su cabeza. Ninguna le parece buena. Va otra vez hasta el espejo y se agacha sobre el borde, esperando que el pulgón salga de su refugio. Pero eso nunca pasa.

ROGELIO

El cachorro salta en el jardín como si le hubieran puesto un resorte. En la veterinaria lo llenaron de vacunas y pulguicida y cuando llegó a la casa de Cristina, apenas bajó al piso, se durmió de cansancio.

—Pero miralo ahora, parece que hubiera nacido de nuevo —le dice León a su mujer.

—¿Y el Rogelio? Cuando se ponga más grande el mugriento ese, me lo va a volver loco. Con lo viejito que está, lo va a matar de un infarto.

Rogelio, el perro de Cristina, duerme echado contra la pared del lavadero. El cachorro lo cruza de un salto y se para delante de un pedazo de cuerda que Aike zarandea de un lado a otro. A León lo espantan los brazos flacos, larguísimos de su hija. Los alza y los baja como una mona, igual que su tía Reina. Y encima esas piernas, tan cortas. Qué rara y qué fea que es.

Cristina se para a su lado con el fuentón de plástico cargado de ropa sucia y señala a Aike con la cabeza.

—Ya va, mujer, ya le pregunto —dice León entre dientes.

Se acerca al perrito y le pisa una pata.

–¡¿Qué hacés?! –grita Aike.
–Nada. Estoy jugando. ¿Nocierto, Pirulo? ¿Que no te duele?
–No le digas así, es horrible. ¡Y no vuelvas a pisarlo!
–Si querés ponerle un nombre, te lo tenés que llevar.
–No quiero un perro –Aike suelta la soga.
El cachorro corre hasta donde está echado Rogelio y le muerde la cabeza. Rogelio trata de apartarse pero no puede. Cristina echa a Pirulo patadas.
–¿Qué te cuesta llevártelo allá? Si tenés lugar de sobra.
–No entiendo para qué lo adoptaste si no pensabas quedártelo.
–¿Y qué querías, que lo deje morirse de hambre en la calle?
–No. Pero yo no lo quiero tener.
Cada vez que brinca, el lomo arrugado del cachorro se dobla como un acordeón de carne. Cristina hace un gesto de desprecio.
–Qué bicho más inmundo.
Inmundas son ustedes, piensa León y se mete en la casa, con una avispa pegada a la chomba.

EL BESO

Aike sale del baño cuando le parece que no se oye ninguna voz. En la terraza está Benny solo, masticando un paty.

–¿Y Julián y Takashi?

–Fueron a comprar más birra.

–Bueno. Me voy. ¿Me podés abrir?

–No te escapes.

Benny le acaricia la mejilla. Ella tiembla, sorprendida, y se siente culpable por temblar.

–Posta, ¿no querés estar en la porno?

–No. Ya te dije. No me gusta el porno.

–Mirá, esta peli la estamos haciendo para ganar plata, nomás. Esa plata la vamos a invertir en otra peli. Una de terror. Si vos querés, podrías participar.

–Me encantaría, me gusta el terror.

–¿Sabés coser o maquillar?

–No.

–Tenés que aprender a maquillarte. Hacete un cursito corto y te venís a laburar con nosotros, ya.

–No sé si pueda.

–¿Por qué?
–Porque no me gustan esas cosas.
–¿Y?
–Y me cuesta concentrarme en lo que no me gusta.
–¿Y qué querés hacer?
–Quiero escribir una peli. Y dirigirla.
–¿Pero vos estudiaste?
–No.
–¿Y cómo esperás filmar algo si no sabés?
–Puedo aprender mientras la hago.
–Bueno, pero no podés hacer todo lo grande de golpe. Primero tenés que aprender el resto de los laburos. Maquillaje, vestuario. Por ahí podrías hacer prótesis. Igual en eso hay que ser detallista. Yo te diría que empieces maquillando.
–No tengo ganas de maquillar.
–¿Y entonces por qué no actuás de directora?
–Porque tampoco soy actriz y el porno no me gusta.
–Pero algo tenés que hacer por vos. Por tu futuro. No podés estar siempre vagueando por ahí sin hacer nada. Sos una mina vieja ya.
–...
–No hay tantas posibilidades para mujeres de tu edad. Yo te estoy tratando de ayudar.
–Me tengo que ir.
–¿Otra vez te querés escapar?
–Tengo frío y me quiero ir a dormir.
–Acá al lado del fuego vamos a estar bien.

–No queda más fuego.
–No importa, ahora nos tomamos algo y volvemos a entrar en calor.
–Tengo sueño, de verdad, quiero irme.
–Si vos te vas ahora, me voy yo también. Me aburren estos pajeros. Dale. Por favor.
–...
–Daleeee... Para charlar un rato. De pelis. Y de dirección, ¿querés? Te cuento el ABC de una ópera prima.
–Bueno.
–Bueno. ¿Estás lista?
–Sí.
Benny la agarra por la nuca y la besa en la boca. Los labios duros resbalan por su cara con torpeza, la lengua le hurga la garganta. Quiere despegarse pero no tiene fuerza. Mira por encima del beso. El cielo negro parece una pantalla apagada. Las luces de los edificios, señales de algo desconocido y misterioso que nunca va a estar de su parte.
Al rato oyen la puerta de calle y las voces de Takashi y Julián. Benny se separa de Aike y se sienta lejos. El resto de la noche, la ignora.

GOKU

Un chico sin la oreja izquierda apunta a Sigma con una pistola. Sigma desvía la vista hacia la vidriera del ciber. Son las cuatro de la mañana, la calle está vacía, salvo por una mujer esperando el colectivo en la vereda de enfrente.

El chico sin la oreja le grita feo, cara de concha, abrí la caja. Sigma pone las manos encima del mostrador. Después se fija en el ojo del caño y en la remera del chico. Es de Dragon Ball. Gokú le sonríe con los dedos en V. Sigma estira los brazos y apresa la manito flaca, la retuerce, el arma cae al piso.

—¡Aia! —grita el chico— ¡Soltá que duele!

Sigma lo suelta. El chico sale corriendo. Afuera del local, le pega una patada a la vidriera.

Sigma levanta la pistola. Es de plástico. La tira al tacho de basura. Escucha que Aike aprieta el botón del baño.

—¿Qué pasó, qué eran esos gritos? —pregunta ella.

—No sé de qué gritos hablás.

—Escuché gritos mientras meaba.

—Te los imaginaste.

–¿Cómo me voy a imaginar gritos?

–Yo ahora me estoy imaginando gritos. Así, ¿ves?

–¿No ibas a cerrar, ya?

–Estoy en eso.

Agarra un bastón de fierro con un gancho en la punta y sale del local. Aike sale detrás suyo.

–No, vos mejor trapeá un toque el piso.

Sigma baja la persiana metálica con el gancho y pone el candado, después golpea la puerta de vidrio. Aike la abre y le dice que está tratando de imaginarse gritos pero no puede.

De camino al departamento oyen la voz del chico sin la oreja.

–Me lastimaste, amigo –le grita a Sigma desde la vereda de enfrente–. ¿Un cigarro no tenés?

Sigma cruza la calle, abre la mochila y le ofrece un CD.

–¿Qué me das? ¿No tenés un cigarro?

–No fumo.

–¿Y esto qué es? ¿Esa música verga que ponés siempre? Salí de acá.

–Son juegos. Agarralo.

El chico agarra el CD y se va.

LA FLOR

Aike se despierta parada frente a la puerta del baño. No sabe si entrar o volver a la habitación. A un pasillo de distancia, León se ríe de ella.

—¿Qué hacés, sonámbula? Andá a dormir, que recién son las cinco de la tarde.

Aike no contesta. Entra y se sienta en el inodoro. Antes de irse, León se acerca a la puerta del baño y le avisa que sobre la mesa dejó la llave nueva y un tapper con empanadas caseras.

El agua potable que Aike trajo del vecino le alcanza justo para lavarse el culo, los sobacos y los dientes. En la cocina levanta una empanda, la huele y la deja en el tapper. Son todas de carne.

Camina de la cocina al living, del living al baño. Hay barro en el piso de cemento y una pátina densa de mugre encima de todas las cosas. Se tira de nuevo en la cama. Entre los pliegues del acolchado aparece un manga que le robó a Sigma. Lo abre en cualquier parte. Taladros, cabezas humanas, trepanaciones. Se levanta y sale a la calle.

El viento barre las nubes hacia el norte. Los bordes encendidos de los cúmulos la deslumbran. Piensa en girasoles gigantes y eléctricos. Como la flor mecánica del Planetario. Se imagina ella misma gigante y de metal, inclinada, aspirando el aroma combustible de la flor. Una banda toca donde tendrían que estar los pistilos. Tocan hardcore industrial, la gente hace mosh. Aike se reduce a tamaño humano y se arroja al pogo. Les que la atajan son mutilades por sus bordes metálicos. Hay coágulos, gritos, descontrol. Le parece que lo que se está imaginando podría ser un cuento. Memoriza palabras clave para escribirlo más tarde.
Flor.
Mecánica.
Transformer
Pogo.
Coágulos.
Descontrol.

EL CENTRO CULTURAL TROTSKISTA

Llega con media hora de retraso al centro cultural trotskista. Se acerca a un cincuentón que sonríe detrás de un escritorio escolar y le pregunta si ya es muy tarde para ver la película.

—No, todavía no arrancamos —contesta el hombre. Le da la entrada, un número de talonario color rosa—. Va a empezar cuando llegue un poco más de gente, pero pasá si querés.

Aike camina por un pasillo largo hasta la sala principal. Hay cuatro hileras de sillas plásticas flanqueadas por bolsas de cemento y palas de metal. Dos chicas alternativas son el único público hasta el momento. Comen alfajores y fuman. En la pantalla del plasma pasan el video de la recuperación de una fábrica. La chica de pelo azul tiene el contorno de los labios dibujado con piercings.

De a poco la sala se llena, ahora faltan sillas. Algunes asistentes se sientan encima de las bolsas de cemento. Antes de comenzar la proyección, el boletero da un discurso breve fundamentado en las razones por las cuales vale la pena ver la película de Takashi. Dice

que la difusión de autores independientes ayuda al crecimiento del cine de género en el país. Que el arte es trabajo y que los obreros del arte merecen las mismas oportunidades que cualquier otra clase de obrero. Por último, anuncia que el director no pudo venir por problemas familiares, que no habrá cine debate y que por favor nadie se olvide de apagar el celular.
La película se llama Ultratoxic. El protagonista es Peter, un músico de jazz. Peter se tira a dormir y sueña. En el sueño, una criatura envuelta en látex y cables le ordena que despierte y que busque droga. Peter despierta, sale a la calle, asesina a un par de desconocidos y les arranca el cerebro. En el departamento, cablea los cerebros y se los inyecta en las venas.
–¿Qué hacés mirando esta poronga?
Aike se topa con la cara de Benny muy cerca de la suya. Alguien del público chista. Benny se burla:
–Ay, bueno, shhh.
Le hace señas a Aike para que salgan.
–Faltan quince minutos para que termine –dice ella.
–Estás hermosa –dice él y la besa en la boca. Aike trata de soltarse pero no puede. Le muerde la lengua.
–Pará, vampira, ¿cómo me vas a besar así? ¿No ves que si usás los dientes me podés lastimar?
–...
–Vamos a tomar un cafecito, ¿querés?
Hay más chistidos del público.
–Dale, invito yo.

Caminan unas cuadras hasta un bar con rockola y fotos de bandas famosas en las paredes. Se sientan y Benny llama al mozo.
—Me perdí el final —dice Aike.
—Si querés te lo cuento. Es una verga.
—Me hubiera gustado verlo.
—Bueno, ya fue. Después te paso el DVD.
—¿Qué problemas familiares tiene Takashi?
—Ninguno. ¿Por?
—Porque el boletero dijo que no había venido por problemas familiares.
—Si ni familia tiene, ese lacra.
—¿No tiene a nadie?
—Lo tiene al padre, pero no se hablan.
Benny hace una pausa y la mira fijo.
—Te cuento algo pero no le digas a nadie.
—Dale.
–La mamá de Takashi se suicidó cuando él era chico.
Aike abre la boca pero no dice nada.
—Él a veces cuando no quiere ir a algún lado y lo conocen poco dice que la madre está internada y a veces dice que acaba de fallecer. Y así deprime a la gente y se ahorra dar explicaciones. Es un lacra.
Benny sigue hablando mal de Takashi pero Aike deja de escucharlo y se concentra en el mozo. Es bajito como ella y no parece ni hombre ni mujer. Su cabeza pálida y rapada resplandece donde le da la luz. Pasa trotando el mostrador y desaparece en la cocina. A lo lejos se oye

una frenada larga.
Benny le dice a Aike que la extrañó.
–¿Y vos?
–¿Qué?
–¿Me extrañaste, no?
Aike se lo queda mirando. Por qué estoy acá con él, por qué no puedo irme, se pregunta. Benny la toma de las manos.
–Estoy dulce, vamos al telo.
–¿Al telo?
–Sí. Estás hermosa. Te quiero garchar toda.

RICHAR

Me dirijo al Gremio de Hechiceros. Allí obtengo el cristal. El cristal viene en tres colores. ¿Lo consigo dónde? En el Gremio de Hechiceros, lee Sigma por quinta vez. Es información imprescindible para la próxima misión del juego y no quiere estar a cada rato leyendo un machete, por eso trata de aprender el texto de memoria.
Richar levanta la medialuna embebida en café. La muerde y le rechinan los postizos. A esa hora tendría que estar en el quinto sueño pero a los del 6 B se les inundó el baño. Así que ahí anda, tratando de despabilarse mientras el puto de su hijo lee sin prestarle la menor atención, como si fuera un marciano, piensa con bronca.
¿Qué hago primero?, se pregunta Sigma en silencio. Primero debe fijarse en el color del cristal. Hay tres colores y dieciocho niveles. Tres colores y dieciocho niveles, memoriza Sigma.
Richar se derrama café en el cuello de la camisa. Se pasa un dedo y se lo chupa. Sigma aprieta las hojas impresas para retener las instrucciones de la misión. Se pregunta si no será mejor tomar el café en el baño,

en silencio, sin la masticación de Richar de fondo. Tres colores y dieciocho niveles, repite. Pero la punta de la medialuna cae en la taza y Richar la sorbe con un ruido de ventosa. Sigma dobla y desdobla las hojas.

–¿Qué tanto estás leyendo, huevón? –le pregunta su padre con la boca llena–Tomate el café que se te enfría.

–No tengo ganas.

–¿Y para qué te lo hice?

–¿Y quién mierda te lo pidió?

–Más vale no me hablés así, la concha de tu madre.

Richard prende la tele, después la apaga.

–Los inquilinos ya me tienen podrido de preguntarme qué es lo que tenés. Todos los días en la puerta, dando explicaciones. Pero, Richar, qué tiene ese hijo suyo. No tiene nada, es un *quister*, les tengo que decir. A ver si en vez de andar pintándote el pelo como un puto te vas a pedir un turno al hospital a que te arreglen un poco la jeta.

Me dirijo al Gremio de Hechiceros. Ahí obtengo el cristal. El cristal viene en tres colores, repite Sigma mientras Richar termina el café con una succión recia. Cuando su padre sale del departamento, vuelca el café en la pileta y se hace un té con limón. Mete un sorbete en la taza y chupa, absorto en el texto.

Aike entra al departamento sin hacer ruido. Sigma no la ve hasta que está a su lado. Ella pregunta si el baño está ocupado, si se puede bañar.

–Bañate pero cuando termines, limpiá los azulejos.

La mira entrar al baño y le parece rara. Se acuerda de la vez que fueron a los juegos de Luján. Hacía poco se habían puesto de novies. Se subieron al Pulpo tres veces y la última vuelta Aike vomitó. Ahora tiene esa misma cara.
Se habrá vuelto bulímica, sospecha Sigma mordiendo el sorbete.

EL HOTEL

En el cuarto del hotel, Benny le dice a Aike que ya son grandes, que no espere cosas de novio. Que él tiene una mujer y una hija y no quiere bardos con minitas. Que con todos los bardos que tiene en su vida, problemas con minitas, ni en pedo. Aike dice que ella tampoco quiere un novio. Después de pronunciar la palabra novio, sin entender por qué, se siente obligada a besarlo. Se acerca y le apoya los labios en la mejilla. Él le hunde la lengua en la boca, como si fuera un aguijón blando. Ella saca la cara y se deja chupar el cuello.

Se desnudan. Benny se le tira encima y la penetra. Aike trata de moverse pero no puede. Lo deja rebotar hasta que sale, sacudiéndose la pija. Benny le pregunta si le gustaría que le acabe las tetas. Ella contesta que en cualquier parte menos en la concha.

Después de acabar, Benny se seca la pija con las sábanas y prende un cigarrillo.

–Nos olvidamos del forro ¿No tendrás algún bicho, no?

–No.

–Joya. Seguro, ¿no?

—Seguro.
—Bueno, ojalá que no... Nunca pensé que cogieras tan bien. Siempre que nos veíamos, parecías tan calladita, toda tapada. ¿Por qué te tapás tanto?
—Me gusta vestirme así.
—Pero está mal eso.
—¿Por qué?
—Porque estás siempre desprolija y nadie te mira.
—Mejor.
—¿Cómo mejor?
—No me gusta que me miren.
—Te tiene que gustar. Si no te gusta, qué sos. Una muerta en vida.
—¿Por qué una muerta en vida? Me gusta estar así.
—Te gusta estar así porque estás achanchada. Tenés que despertarte. Cuando vas por la calle, te tienen que mirar. Si no, te vas a poner vieja y te va a dar demencia senil y nunca disfrutaste. Tapate esas canas, ponete un escote. Que te miren todos los chabones que pasen al lado tuyo.
—Ya te dije, no me gusta que me miren.
—...
—...
—¿Tenés algún trauma?
—¿Cómo?
—¿Te abusaron, te violaron?
—No.
—¿Seguro?

–No me abusaron ni me violaron. ¿A vos te abusaron o te violaron?
–Te estoy hablando en serio. ¿A qué edad tuviste novio?
–A los 28.
–Pero ya habías cogido.
–No.
–¿Cogiste por primera vez con tu primer novio?
–Sí.
–¿Fuiste virgen hasta los 28 años? Me estás jodiendo.
–¿Por qué?
–Porque es medio tarde para conocer el sexo. Yo debuté a los 11.
–Yo me hago la paja desde los 11.
–Bueno, pero la paja no es sexo.
–...
–Mirá, Aike, tendrías que hacer terapia. No es normal que una mina no quiera que la miren.
–Vos tendrías que ir a terapia.
–¿Y yo para qué voy a ir?
–Porque recién dijiste que estabas lleno de bardos.
–No me sobra la guita como para andar pagándole a un psicólogo.
–A mí tampoco.
–¿Todavía estás sin trabajo?
–Sí.
–¿Y de dónde sacás plata, de qué vivís?
–Mi papá me da un poco de plata. Cada tanto.

–¿Y no estás buscando nada?
–No.
–Bueno, pero tenés que trabajar. Salir a la vida. Mirame a mí. Yo tengo mil problemas, te lo reconozco. Tengo una bebé. Una mujer que me tiene podrido. No tengo plata para hacer mis películas. Pero no me escondo. Yo voy al frente, como un tanque. Yo quiero TODO lo que la vida tiene para ofrecer.
–Vos sos vos. No somos iguales.
–Más vale que no somos iguales. Vos sos mina, si te pintás un poco seguro estás buena. Tenés que teñirte, pasarla bien, coger todos los días.
–¿Por qué tengo que coger?
–Porque uno cuando está vivo quiere coger. ¿Para qué vinimos al telo, si no?
–No sé.
–¿No sabés por qué estás acá? Mirá si no vas a saber.
–No sé... Estamos charlando.
–¡Pero no vinimos a charlar acá, mujer!
–...
–Yo no te obligué, vos apenas me viste me chuponeaste todo.
–¡¿Qué?!
–Me comiste la boca hasta morderme, ¡vampira!
–...
–¡¿No te acordás?! ¡Fue hace una hora!
–...
–...

—Tengo ganas de estar en otra parte.
—¿Querés que vayamos a un bar?
—No.
—¿Dónde querés estar?
—No sé.
—¿Cómo no sabés?
—...
—No sabés lo qué querés. Ese es tu problema. Tenés que querer algo y conseguirlo. Como sea.
—No entiendo qué es lo que tengo que querer.
—Escuchame, Aike... ¿Vos estás casada?
—No.
—¿Tenés novio?
—No.
—Hijos.
—No.
—Bueno, ¿ves? Sos libre, viví la vida. Maquillate, salí con chabones.
—Ya te dije que no quiero tener novio.
—No tengas novio si no querés. Mejor. Pero tenés que salir, pasarla bien, ponerte en pedo, coger. Después tenés cuarenta y nadie te la va a querer poner ni con el pensamiento.
—¿Y qué? No me importa eso.
—Eso decís ahora, que todavía tenés las tetas en donde tienen que estar.
—Nunca me gustó coger. No creo que me guste de acá a diez años.

–¿Y no cogías con tu novio, entonces?
–Cogimos una vez pero a él tampoco le gusta.
–¿Pero acabaste alguna vez?
–Muchísimas veces acabé.
–¡¿Y no te gusta acabar?!
–Sí.
–¿Y cómo acabas?
–Haciéndome la paja.
–...
–...
–Vos estás muy mal, flaca.
–¿Por qué? ¿Vos no te hacés la paja?
–Obvio, pero no tiene nada que ver. Yo soy chabón. Los chabones nos pajeamos.
-Yo también me pajeo a veces.
–Pero eso no está bien para una mina. Tenés que clavarte una pija de vez en cuando.
–No entiendo por qué tengo que coger si no tengo ganas.
–Porque seguro tenés ganas pero no lo querés reconocer. Cogé con minas por lo menos. Que te metan el cinturonga. A todos nos gusta coger. Somos humanos, vinimos a coger.
–A mí no me gusta.
–¿Me estás diciendo que no te gustó lo que hicimos?
–...
–¿No te gustó cómo te cogí?
–No me gusta coger, ya te lo dije. Nunca me gustó.

–¿Vos te das cuenta de lo que estás diciendo? Posta tenés que hacerte ver de la cabeza. Urgente. Estamos en 2004. Hay una cura para todo.
–La gente no es toda igual.
–Mirá, si lo que buscás es que te tenga lástima, olvidate. No está bueno quedarte ahí, dando lástima.
–Yo no quiero dar lástima.
–Pero eso estás haciendo. No hacés nada, no cogés, te mantiene tu viejo, te vestís feo, no te maquillas, no te teñís las canas. Le estás diciendo al mundo que te tienen que dar cosas porque vos sola no podés conseguirlas.
–Yo no pido nada.
–¿Y qué hacés acá conmigo entonces?
–No sé.
–¿Cómo no sabés? Si vinimos al telo es porque querías coger conmigo, cabeza dura. Date cuenta de una vez de que te gusté y de que querías coger conmigo. Parecés taurina.
–...
–Mirá, Aike, esos mambos histéricos están bien cuando tenés quince pero a tu edad ya es manía. En serio. Ponete las pilas y hacé terapia. Sino de acá a diez años te vas a arrepentir. A los cuarenta vas a estar como esas locas que se ponen la ropa de las hijas, porque de más jóvenes no se dieron el gusto.
–No voy a tener hijos.
–Locas. Después se quejan, que nadie las quiere, te rompen las bolas con el amor. Como mi mujer. Todo el

día rompiendo las bolas con el amor. Y cuando le llevo flores, ¿sabés lo que hace? Me pregunta con quién la estoy cagando. Eso hace.

–Pero vos la cagás a tu mujer.

–¿Y cómo no la voy a cagar si cogemos una vez por año?

–No le regales más flores, entonces.

–No, la verdad, no se merece ni que le lleve un palito de la selva. El amor es un chamuyo. Y se cura cogiendo. Vos estás así porque quedaste reprimida y pensás que el sexo es malo. Esa represión que tenés se te va a pasar garchando. Todas las minas quieren pija, pero viven pensando en el amor y esas pelotudeces y se joden solas.

–No me gusta el amor, tampoco.

–Si yo fuese mina me cogería yo sola. Me saldrían ampollas en los bordes de la argolla de tanto darle. Si no es con chabones, con otras minas, estaría tijereteando hasta que se me borre la canaleta. Vos lo que tenés que hacer es arreglarte y salir más. Salir a la calle y comerte el mundo.

–...

–Decime algo que te guste mucho hacer. Pero mucho.

–Me gusta escribir.

–Bueno. Igual no iba para ese lado mi pregunta.

–...

–¡Decime algo, chabona!

–No sé qué querés que te diga.

—Nada, mirá, escribí si querés. Pero de paso búscate un laburo. O asaltá un banco. Cualquier cosa que te deje un poco de guita para ponerte más linda. Cuando salgamos de acá, vamos a un bar y te tiro las cartas. Las cartas son crueles pero no mienten. Tomá, dale una pitada.

—¡No fumo!

—Dale, ¿cómo no vas a fumar? Fumar te hace más lindas las manos.

Un empleado llama al cuarto para avisar que les quedan diez minutos. Benny va a ducharse. Aike se mira en el espejo del techo. Es la primera vez que está desnuda frente a un espejo y no tiene ganas de masturbarse. El semen seco le tironea la piel de las tetas. Le urge lavárselo.

—¡Qué buena presión que tiene esta verga! —grita Benny debajo de la ducha. Sale envuelto en vapor. Ella se levanta y va al baño.

—Uh, pará. ¿Te vas a bañar?

—Sí, un duchazo.

—No, no podés.

—¿Por?

—Mirá la hora que es, quedan dos minutos y vos todavía estás en bolas. Dale, vestite y vamos a un barcito, a reponer energía y consultar el oráculo.

—Pero me tengo que lavar esto.

—No, mi amor, disculpame pero nos van a cobrar de más y yo no tengo un mango. Dale, te bañás en tu casa. Que

te quede un poco de olor a mí.

EL BOLSO DE CUERO

Cristina hace volar al cachorro de una patada en las costillas. León corre hasta donde está ella y le pega una piña en el estómago. Ella se agarra del borde de la mesa pero no puede sostenerse. Cae de culo y pega un grito que suena a risa.

León sale al patio. En el jardín de la casa de enfrente una mujer de la edad de su hija lava la ropa a mano, en un fuentón de lata. A León su forma de moverse le parece falsa. Como si estuviera jugando a fregar. El cachorro pasa corriendo entre las piernas de León y va a ladrarle a Rogelio. El perro viejo suspira y deja que le muerda el lomo.

León escucha que su mujer le pide ayuda para levantarse. Entra y le apoya las manos debajo de los brazos. Casi se caen juntos. Terminan les dos parades de frente, agarrades de los codos. Ella llora. Lo suelta y se encierra en el dormitorio.

León se sube encima de una banqueta y busca algo arriba de la cómoda. Baja un bolso de cuero y sale de nuevo al patio. El contorno plateado del sol dibuja un

anillo líquido en el cielo blanco. Empieza a hacer calor.

—Pirulo —llama—. Vení, Pirulo.

El cachorro se le acerca y le apoya las patitas en las rodillas. León lo levanta por el cogote, le pone el bolso abierto debajo de las patas y lo baja con cuidado. El perrito se sacude, llora. León se cansa de ser cuidadoso y lo hunde a piñas adentro del bolso. Deja tres dedos de cierre abierto para que pueda respirar, se abraza el bolso contra el pecho y camina a paso firme hasta la parada de colectivos.

SONIC YOUTH

Takashi lee una novela de ciencia ficción en el fondo del bar. Aike se acerca y lo saluda con la mano. Él deja el libro a un costado y le ofrece sentarse. Aike le pregunta si está esperando a Benny, él dice que sí.

Benny le había mandado un mensaje a Aike dos días atrás. Le decía que había pensado toda la semana en ella y que la extrañaba. Que ponía un tema de Johnny Cash y se acordaba de su piel. Que la esperaba en el bar donde se habían visto la primera vez. Que si ella quería, podían ir al telo.

Ella le escribió que quería verlo pero que no quería ir al telo. Que quería que charlaran de películas. Que quería aprender a hacer películas sin plata, como las que hacía él. Que quería ser su asistente en la porno, no la actriz.

–¿Te pido un café? –pregunta Takashi.

–No, gracias.

Aike señala la remera de Takashi.

–Te gusta Sonic Youth.

–Me encantan.

–Mi disco favorito es Bad Moon Rising.

—Discazo. Me encanta el tema con Lydia Lunch.

Hablan un rato de música hasta que Takashi recibe un mensaje de Benny avisando que no puede ir.

Aike sale del bar y camina sin rumbo por Capital. Diez cuadras más adelante descubre a Benny tomando café en la calle, debajo de una sombrilla, con una chica. Da la vuelta a la manzana y espía desde la otra esquina. La chica tiene el pelo rojo.

LA MUERTE

Hay fiesta en la casa del vecino de Aike. Los bajos de los parlantes hacen temblar los vidrios de la ventana. De repente silencio y enseguida, gritos de mujeres. Aike trepa por el tapial. En medio de la calle ve caído a un tipo grandote, de pelo colorado y largo. Se arrastra boca abajo, estirando y contrayendo la panza abierta, como una oruga. Después se queda quieto, con la cara pegada al asfalto. Algunos hombres lo rodean. Unos se agachan para socorrerlo, otros gritan y se empujan. En medio del socorro desprolijo se escuchan pájaros, amanece.

Aike baja del tapial y se prepara unos mates. Aprovecha el silencio brutal de la muerte para repasar un cuento de terror problemático, que no se decide a descartar. El protagonista es Marty, skater retirado recuperándose de sus adicciones. Se muda al campo, con sus tíes religioses, para desintoxicarse, y termina obsesionándose con su primo Eliot. Todas las mañanas, Marty lo espía segar trigo a mano hasta que, cansado de ocultarse, le confiesa que está enamorado de él. Eliot lo rechaza y le da una paliza terrible por gay.

Marty decide vengarse. Busca una motosierra y mutila las extremidades de su primo. Se siente invencible y se burla del Dios que adoran sus tíes. Arroja la motosierra al cielo y grita: "Esto va de regalo al peor dios del universo". Luego busca a Eliot para seguir mutilándolo pero en su lugar encuentra las huellas de los dedos gigantes de Dios. La motosierra cae del cielo y le rebana el cuello.

La gracia del cuento es la equivocación de Dios, que toma como regalo a Eliot, en lugar de la motosierra. Pero la decapitación no parece accidental y hay que quitarla para no confundirla con un castigo divino. Aike no puede reemplazar con nada esa cabeza voladora envuelta en sangre. Su cuento es un fracaso por muchas razones, pero esa confusión es la peor.

Frustrada y con sueño, escribe en su cuaderno de cuentos la muerte que acaba de presenciar. Escribe que no la impresionó ver morir a una persona. Quizás porque no es la primera vez que le toca presenciar una muerte. O quizá por la suavidad con la que el hombre se arrastraba por la calle. Como buscando algo frágil y secreto en el asfalto. Un camino invisible para andarlo como fantasma.

HARUHI SUZUMIYA

La doctora pliega el resultado de la biopsia y le pregunta a Marta por qué no trajo a su hijo un año atrás, para que le drenaran el quiste. Ahora será necesaria una intervención quirúrgica. Marta responde que con treinta y cinco años y ochenta kilos es muy difícil traer un hijo a upa. Mientras Marta se queja del desinterés manifiesto de Sigma por su propia salud, Sigma mira los pies de la médica por debajo del escritorio. Los dedos ganchudos levantan la punta de las zapatillas de lona blanca.

Marta le comenta a la doctora que al vecino del 7mo “C” le quitaron un quiste del mismo lugar y le toquetearon tanto los nervios de la cara que le dejaron el párpado caído

—¿Le pasará lo mismo a este, por abandonado?

La doctora responde que las operaciones en el rostro son complicadas pero tanto ella como su hijo pueden quedarse tranquilos porque lo va a tratar un cirujano de primer nivel. Además la obra social cubre varias sesiones de terapia.

—Son para reducir el estrés que la cirugía puede traerle

al paciente –aclara.

–Va a ser tu culpa –le dice Marta a Sigma–, por estar todo el día jodiendo con esas porquerías cancerígenas. Todo plástico y computación es tu vida. Cómo me voy a reír si se te cae el párpado.

La doctora termina de llenar los papeles. Llama por teléfono a la administrativa y le indica a Marta y a Sigma que sigan el trámite en otra oficina.

Aike espera sentada en el pasillo. Cuando les ve, les pregunta si necesitan dadores de sangre.

–Vos no podés donar sangre –le dice Sigma–. Pesás veinte kilos, te vas a morir.

Marta menciona que a las mujeres sin hijos después de los cuarenta les da cáncer de mama.

–¿Sabés lo rápido que pasan cinco años, mija? Pensalo bien. Estás a cinco años de perder una teta.

A la salida del hospital Sigma le pide a Aike que lo acompañe a la comiquería.

–Seguí tirando la plata –gruñe Marta–. Total cuando te mueras le voy a prender fuego a todo.

La comiquería es un pasillo de dos metros lleno de cajas y clientes empujándose para terminar de entrar. Desde la puerta, Sigma le grita a un empleado si ya les llegó la muñeca de Haruhi Suzumiya. El chico levanta el pulgar y le pide que lo espere. Agarra un palo con un gancho en la punta y se desliza entre la masa de cuerpos con mochilas y crestas. Engancha la caja incrustada cerca del techo del local y la baja en cámara lenta.

Haruhi en uniforme de colegio, en pose de correr, saluda sonriente, con los dedos en V.
–¿Si te morís en la operación me la puedo quedar? –pregunta Aike.
–No podés cuidarte vos, menos vas a poder cuidarla a ella.

LA LLUVIA DE RANAS

—Quiero que me entienda —le dice la vecina a León—. Que no es mala voluntad de mi parte. Pero ya son dos noches. Dos noches despierta por el llanto de ese animal. Imagínese lo que son cuarenta y ocho horas sin dormir. Y al otro día llevar a los chicos al colegio y después en el trabajo. Manejando como una sonámbula. El cuerpo que se mueve sin saber lo que hace. Dos noches. Y ese mismo día a los gritos, luchando por la cuota alimentaria con el malparido de mi ex, como todos los meses en esta fecha. Con el llanto del animalito en la cabeza, como una torturada de Guantánamo. No sé si me entiende. A mí no me mantiene nadie. Yo trabajo, igual que usted.

—Está bien, señora, no me tiene que explicar nada.

—No, pero yo quiero que las cosas queden claras. Porque la gente cree que me llueve la plata y tengo la vida solucionada. Pero el sueño y el descanso no hay plata que lo reemplace, ¿me entiende?

León le responde que a él nunca se le hubiera ocurrido.

—¿Qué cosa?

—Que le llueva la plata —dice León y rasca la puerta de la garita—. La otra vez mi hija se quedó a dormir en mi casa y me hizo mirar una película que al final llovían ranas.
—Discúlpeme pero ¿usted me está escuchando lo que le digo?
—Sí, doña, no se preocupe. Hoy mismo me lo llevo.
—¿No se da cuenta la crueldad de dejarlo encerrado en la casilla, solo? ¿No sabe que cuando usted se va, el perro piensa que no lo va a volver a ver nunca más?
—¿Cómo?
—Sí. Cuando usted se va y lo deja encerrado en la casilla, el cachorro cree que usted lo abandonó. Por eso llora.
—¿Y usted cómo sabe lo que piensa el cachorro?
—Señor, ¿a usted le parece que a esta altura de la historia, año 2004, no se puede saber lo que piensa un animal? ¿Nunca tuvo un perro? Todo el mundo lo sabe. Dígale a su hija que se lo busque en internet.
—Yo de chico tuve un caballo, señora.
—Lo único que le pido es que se lo lleve hoy mismo. Es una locura. Dos noches seguidas.
—No se preocupe. Apenas termina mi turno me lo llevo.
—Y no crea que soy la única a la que le molesta. Soy la única que se anima a decirlo.
—Ya le dije que no se preocupe, doña.
La mujer se va sin saludar. León la ve meterse en el Audi blanco y doblar para el lado de la avenida. Una película donde llueven ranas. Qué lejana y triste le parece su

hija. Escucha que el cachorro gruñe y se da vuelta para acariciarlo pero los rayos del sol lo encandilan y León se olvida de la caricia, de la vecina y de la lluvia de ranas y entonces se pregunta por qué hace un rato le pareció tan extraña y lejana su propia hija pero ya no hay manera de responder eso.

EL PRIMER MENSAJE

Dos meses después del último encuentro, Aike duda si abrir el primero de los 29 mensajes de Benny o marcar todo como SPAM y borrar. Decide abrir el primer mensaje.

Perdoname mi amor. Tuve que encontrarme urgente con un productor y no te pude avisar. No tengo dónde ubicarte. Por favor conseguite un celular para que no nos pasen estas cosas. Estuve re mal anoche. No puedo dejar de pensar en vos. Te amo. Veámonos. Contame de tus cosas. ¿De verdad querés ser asistente en la porno?

Se encuentran esa misma tarde en una boca de subte. Aike sigue a Benny en silencio. Al rato se da cuenta de que están yendo al telo de Constitución.

Pasan cerca de una paloma muerta. Aike le pega varias patadas y se para a ver como se desprenden y flotan las plumas.

—Pobrecita —dice Benny—, ¿qué te hizo?

—Nada. Está muerta, no siente nada.
—No importa. Antes de morir fue una paloma. Pobrecita. Qué mala que sos. No tenés sentimientos. Por eso decís que no te gusta coger.
Benny pide un turno simple. En el cuarto, Aike hace pis y trata de usar el bidet pero se queda con el grifo en la mano. Benny la espera mirando una porno, en calzoncillos. Le toma la mano y se la pone encima del bulto.
—Mirá cómo la tengo.
—...
—¿Qué te pasa, mi amor?
—No me siento muy bien.
—¿Pero qué es lo que te pasa?
—No sé, estoy un poco descompuesta.
Benny frunce el ceño.
—No me vas a dejar así.
—Es que me siento mal. Creo que estoy por menstruar.
—Bueno, chupámela un rato, por lo menos.
Ella baja y se la chupa. El gusto a orina le da arcadas. Unta la cabeza de la pija con saliva, la frota para limpiarla y sigue chupando. Benny cada tanto le corre la cara y se masturba.
Mientras chupa, Aike piensa en la historia de Marty y su primo. En que sería mejor hacer una historieta y usar voz en off. Como un cuento antiguo. Como The Grinch.
Benny le corre la cabeza.
—A ver, ponete en cuatro.

Benny le baja el pantalón, le escupe el culo y la penetra. Ella grita y salta a un costado, abrazándose las piernas.
–¡Perdón, me equivoqué de agujero!
–No quiero esto.
–Está bien, perdoname. Como te pusiste en cuatro... pensé que a lo mejor querías.
–¡No quería ponerme en cuatro!
–¿Y para qué te pusiste si no querías, boluda?
–No sé.
–¿No sabés? Nunca sabés nada vos.
–Quiero parar.
–Bueno. Paremos. Seguimos después. ¿Querés un pucho?
–No fumo.
Miran un rato la porno. Varias chicas desnudas en una ducha se tocan y chupan. Parecen incómodas, algunas se ríen.
–¿Y? ¿Qué pensás de lo de ser directora porno?
–Ya te dije, prefiero ser asistente.
–Y contame, qué porno te gusta.
–Me gustan algunos animes porno.
–Pero esos son dibujitos, no es real.
–...
–A ver, esto te lo pregunto como director porno. ¿Qué es lo que más usás para hacerte la paja?
–Me miro al espejo.
–¿Vos sola te mirás?
–Sí.

–¿Y te hacés la paja con vos?
-Sí.
–La verdad, sos un alien.
Benny termina el cigarrillo y se le sube a la cadera. Aike no puede moverse. Gime y grita para acelerar el orgasmo de Benny. Pero Benny tarda y ella siente rasposa la garganta, entonces se calla. Él sale y le pregunta si le puede acabar la cara. En cualquier lado menos en la concha, responde Aike.

EL CUADERNO LESBIANO

Atardece y sopla un viento fresco. Aike cierra la ventanilla. Además de ella hay solamente dos pasajeros en todo el colectivo, van juntos y dormidos.

Abre la mochila sabiendo que no trae nada, ni libros ni el cuaderno de cuentos. Se mira las manos. Muchas veces escuchó que las palmas se pueden leer pero no cree en esas cosas. Y aunque pudiera leérselas, prefiere tener el cuaderno para anotar una idea que se le acaba de ocurrir y ver cómo queda escrita.

Cuando pasó a quinto grado de primaria, Aike tuvo su primer cuaderno lesbiano. A principios de ese año había aprendido la palabra “lesbiana”. Le gustaba tanto que llenó un cuaderno con dibujos de mujeres desnudas. Algunas se besaban, otras se tocaban o se chupaban las tetas. En sus globitos de diálogos mencionaban que eran lesbianas y que ser lesbiana era lo mejor del mundo. Soy lesbiana y quiero destruir este planeta, pensó y lo escribió con fibrón en la primera hoja, como título. Le pidió a su mamá que le comprara otro cuaderno y dibujó más lesbianas y ciudades del planeta lesbiano,

pobladas de robots y árboles mitad conejos, que podían sacar sus raíces de la tierra y servir como automóviles. Más dibujaba, mejor le salían las lesbianas y las ciudades. El primer cuaderno lesbiano le pareció torpe y aburrido y el último día de clases resolvió tirarlo por la ventanilla del micro escolar, para que alguien lo abriera y se espantara. Pero el conductor paró y bajó a recuperarlo. Agitó el cuaderno a lo largo del pasillo del micro, preguntando quién era el dueño mientras lo hojeaba con cara de nada. Después de un rato, Aike levantó la mano. El conductor se lo entregó sin mirarla. Usaba una remera de Riff.

Aike baja del colectivo y camina rápido hasta su casa, ansiosa por tirarse en la cama con el cuaderno de cuentos y escribir una idea en fuga. Pero antes de abrir la puerta escucha ladridos y uñas de perro rascando la madera. Apenas abre, el cachorro le salta a las rodillas. En el piso hay hojas de diario empapadas de pis y diarrea. Sobre la mesa de la cocina, un mensaje de León. Le explica que Cristina lo amenazó con separarse y no tiene donde dejar a Pirulo. Si querés podes ponerle otro nombre, termina la nota. El perrito lloriquea detrás suyo. Aike se encierra en la pieza. Busca entre las pilas de CDs y saca Bad Moon Rising, de Sonic Youth, lo pone y se tira boca abajo en la cama. Mezclado con los acordes de guitarra del primer tema, escucha al perrito rascar la puerta. Se levanta, pone el equipo a todo volumen y se tira de nuevo en el colchón.

EL ESMALTE VERDE

Antes de entrar al quirófano para que le remuevan el quiste del mentón, Sigma acude a una sesión terapéutica. Después de la sesión, va al cuarto donde dejó la mochila y en lugar de desnudarse y colocarse la bata de papel que les pacientes usan en las cirugías, se escapa del hospital. En su casa se viste con medias de red, un short de vinilo cosido por su amiga gótica y botas con plataforma. Se pasa un dedo de sombra encima de cada párpado, discute a gritos con su madre y luego toma el 60 que va hasta Escobar.

Aike lo recibe echada en la cama llena de papeles y envoltorios viejos de golosinas.

—¿Y ellos no te dicen nada? —pregunta.

—De qué.

—De que te vistas así.

—¿Qué me van a decir?

—¡¿En serio tu mamá no te dijo nada?!

—Le dije que hable con la psicóloga y le pregunte. Porque la psicóloga me dijo que está bien. Que si necesito vestirme así, que lo haga.

–Qué genia.
–Sí, muy genia.
–Pero entonces no te vas a operar.
–Ni en pedo.
–¿Y no te da miedo?
–¿Qué?
–Que te de cáncer.
–A veces. Pero no me quiero operar. Quiero ser siempre como ahora.
–¿Entonces te puedo pintar las uñas?
–Sí, dale.
Aike saca un esmalte negro de la cómoda. Sigma estira los dedos de la mano izquierda.
–Que mal que no tenés el verde.
–Tengo. Es el que dejaste cuando te fuiste, no sé si servirá todavía.
Aike deja a un costado el esmalte negro. Trae el verde, lo agita y Sigma sonríe porque todavía sirve.

LA ARAÑA

Después de lavarse el semen en el baño del telo, Aike se tira en la cama, vestida y con las zapatillas puestas. Benny le pregunta cuándo se va a comprar un celular.

–Nunca.

–¿Por qué?

–Porque no quiero.

–¿Cómo no vas a querer? ¡Necesitás un celular urgente!

–No tengo plata.

–¿Todavía estás sin laburo?

–Sí.

–¿Y qué hacés que no estás buscando?

–Tampoco sé si quiero tener un celular.

–No importa el celular. Tenés que tener guita para vivir. Tenés que trabajar.

–No hay trabajos que me gusten.

–Pero tenés que trabajar, querida. No podés seguir así, tenés que producir para vivir.

–No creo en el trabajo como forma de vida.

–¿Qué?

–Eso. Que no quiero que me exploten.

–Sos una jipi sucia.
–No soy jipi. Pero tampoco quiero ser esclava.
–Escuchame, Aike, ponete las pilas en buscar un laburo y dejá de parasitar a la sociedad. A esta altura de tu vida tendrías que estar laburando de cualquier cosa, te guste o no.
–La sociedad es la parásito.
–¡Paraaá, jipi roñosa! ¡Hay mil cosas que puede hacer una mina como vos! Podes aprender a maquillar con la novia de Julián, que es profesora. O a fabricar vestuario. O hacer prótesis dentales. Ella hace de todo y lo aprendió en un toque. Si vos aprendés rápido, ya te lo dije mil veces, te consigo algo en una productora. Ya mismo. El curso de maquillaje es un mes, lo básico. Y te vendría bien, te pondrías más linda. Y si estudiás costura te hacés tu propia ropa. Y de paso te divertís más en vez de andar por ahí sin hacer nada.
–Me gustaría hacer una película.
–...
–...
–¿Cómo hacer una película?
–Escribir una película.
Benny pone los ojos en blanco.
–¿Otra vez con lo mismo?
–Es lo que me gustaría hacer. Me lo preguntaste vos.
–¿Sabés cómo se escribe una película, por lo menos?
–Puedo aprender.
–¡Pero lleva años aprender eso!

–Julián me contó que vos no terminaste la carrera.
–Pero yo ando metido hace mucho en esto. No me quedé en mi casa, tirado en la cama.
–Me podés enseñar a mí.
–¿Cómo? ¿Querés aprender gratis?
–No. Quiero trabajar con vos.
–¿Cómo trabajar conmigo?
–Como asistente. Para que me enseñes. Para hacer películas sin plata. Te lo puse en el mail.
–No, mami. Que vos seas mi asistente para que yo te enseñe es docencia gratis. Y yo no soy docente gratis. Yo laburo en serio, no estoy al pedo en la vida. Mis películas no son sin plata. Son independientes.
–Bueno. Entonces quiero aprender a escribir guiones de películas independientes.
–¿Y por qué tiene que ser eso?
–Porque me gusta escribir.
–¿Pero por qué mientras no aprendés a maquillar o a coser, que es en un toque?
–Porque no tengo ganas de maquillar ni coser. Quiero escribir.
–Escuchame –Benny suelta un bufido. –Yo te estoy ofreciendo que aprendas cosas para salir de tu situación más urgente. No a largo plazo.
–Puedo aprender a dirigir también.
–...
–...
–¿Vos me estás hablando en serio?

–Sí.
–Vos no tenés idea de lo complicado que es. Juntar gente, que estudien el guión. Que lo entiendan. Que alguien te produzca.
–Yo vi muchas películas y cortos en el BARS. Muchos los hacen sin guión.
–¿Y eso querés hacer? ¿Una bizarreada?
–¿Qué tiene de malo?
–¿Qué tiene de malo? Que haciendo bizarreadas te vas a cagar de hambre.
–Pero tus pelis también son bizarras.
–Mis películas tienen laburo detrás. Las escribí y las dirigí yo solo. Son independientes, no bizarras.
–Pero vos tampoco vivís de lo que hacés.
–¿Cómo?
–Tu esposa es la que trabaja en tu casa.
–Mi mujer vive gracias a mí. Yo la saqué de la casa de los padres de mierda que tiene. Yo le enseñé hasta a viajar en subte. Yo le cocino, le crío a la borrega. ¿Qué chabón se mete a hacer esa mierda por su mujer? Si me llego a morir, no dura sola ni dos semanas.
–Bueno, olvidate.
–Pensé que estábamos hablando en serio.
–Estoy hablando en serio.
–¿Y qué me estás diciendo?
–Que yo también puedo dirigir una película.
–¿Pero vos pensás que una película la dirigís en una semana? ¿Que no hace falta saber nada de iluminación,

de sonido, de fotografía, de dirección de actores?
–En tu blog decís que tu primer corto lo hiciste antes de estudiar, sin saber nada.
–Pero vos no te podés comparar conmigo.
–¿Por qué?
Benny se ríe con bronca.
–Mina tenías que ser. Bajá un toque de las nubes y ponete a buscar un laburo de verdad. Y olvidate de lo que te dije, de la novia de Julián. Ni en pedo te la presento.
–Está bien. No me gusta maquillarme ni tengo ganas de trabajar de eso.
Benny se levanta de la cama y se calza unas zapatillas rojas y blancas. Aike cree que son las suyas pero ya las tiene puestas. Se raspa algo pegado en el empeine. Siente una resistencia y raspa más fuerte. Dos patitas grises de araña le quedan pegadas en la punta del dedo. Aike las mira sin saber qué hacer.

LA HABITACIÓN DE AIKE

León da tres vueltas a la manzana. Llama a Pirulo a gritos hasta que se le seca la garganta. Entra de nuevo a la casa y se mete en la habitación de Aike. La cama está sin tender, cubierta de revistas, libros, ropa sucia, papelitos con anotaciones, envoltorios de papas fritas, migas, yerba. El aire huele a transpiración y a pies.

Va hasta la cocina y revuelve el aparador. Las moscas cruzan el cielo raso en filas ondulantes. Algunas se le acercan, otras aterrizan en la mierda pegada a los diarios. León se tapa la cara con un repasador y echa insecticida hasta vaciar el envase.

Sale al patio, agarra un balde de metal y lo lleva al lavadero para usarlo de asiento. Trata de lavarle la base pero no sale agua de la canilla. Revolea el tacho contra la pared y se sienta en una pila de diarios entreverados con ropa vieja.

Imagina que agarra a su hija por el pelo y le pega una trompada. El puño entra y sale varias veces. Aike no sufre las trompadas imaginarias. Tiene las cejas tranquilas y las comisuras apretadas, como mordiendo

una indiferencia. Entonces León imagina palabras que la hagan sufrir y no se le ocurre ninguna.
No tienen nada que hablar. La va a obligar a decirle dónde abandonó a Pirulo, y si no lo encuentra, la va a echar a la mierda y que se arregle sola, como tendría que haber hecho cuando enviudó. Se acuerda del velatorio de su primera esposa. De la cara de nada con la que Aike miraba el cajón donde velaban a su propia madre. De la música horrible que salía de la pieza mientras las vecinas lloraban.
Un bicho de alas tornasoladas sale de la manga de un pulóver y le camina por la zapatilla. Levanta la mano para espantarlo pero prefiere esperar a que se vaya solo. El bicho sigue pegado a la lona, esperando él también. León lo agarra por un ala y se lo acerca a los ojos. Después lo baja y el bicho vuela y desaparece en el jardín vecino. León busca con la vista el sitio donde podría haberse posado pero es difícil darse cuenta porque anochece rápido. Se aburre de hacer algo que ni siquiera le interesa y al abandonar esa búsqueda encuentra frente a él la cara indiferente de su hija y a Pirulo en sus brazos.
—Lo saqué a pasear y se cansó —dice Aike y lo acuesta en el piso.
León lo llama. El perro no se despierta pero mueve la cola.

PAKETE PUNK

Aike se cuenta un cuento para distraerse de la espera. Las protagonistas son dos amigas que practican un ritual de magia similar al de los cultos umbanda. Su panteón no es de santos, sino de demonios: músicos punks suicidados que favorecen a fieles con vidas tan horribles como las que ellos vivieron. Las chicas van a entregar una ofrenda a Darby Crash, para que les abra el camino a la independencia económica y emocional que ninguna puede conseguir por medios normales. La mayor parte del cuento charlan sobre todas las cosas que desean conseguir mientras cruzan un descampado. Al final del descampado aparece la encrucijada donde colocarán la ofrenda: un porro, hojas de afeitar usadas, alfileres, apósitos con sangre, poemas que hablan del espantoso dolor de estar vivas y un feto metido en un frasco.

Pero en la encrucijada se encuentran con sus dobles normales y económicamente solventes, que viajaron a esta dimensión para impedirles realizar la ofrenda.

—¿Por qué? —preguntan las malvividas, con el paquete

punk entre los brazos.
–Porque si ustedes se vuelven ricas y felices, nosotras vamos a ser las esclavas de la pobreza y de la depresión. El cuento termina con una pelea ultra sangrienta sin sobrevivientes.
Aike está visualizando trompadas grandiosas y cuerpos desgarrados cuando Marta entra a la cocina y la señala con el dedo.
–¿Vos fuiste la que le metió esta mierda en la cabeza?
–¿Qué mierda...?
–¡Fuiste vos! ¿Por qué me hacés esto? ¡Si siempre te quise como una hija más! Venís acá y te matás el hambre, te bañás con agua corriente, te quedás a dormir cuando querés... ¿Y así nos pagás ahora?
–Por qué me decís estas co...?
–¿Para qué te lo querés llevar? ¿Otra vez? ¿Para que se hunda en la villa como te hundís vos?
–Tenemos una casa...
–Para que se quede sin oportunidades, te lo querés llevar. De nuevo. Después que lo descartaste. Otra vez a jugar a los novios. Con treinta y cinco años, qué le espera de una vida así. ¿No ves que ya es un viejo?
–No somos más pareja.
–¿Y por qué se va con vos entonces?
–Porque tiene que saber quién es.
–¿Eso le dijiste? ¿Qué no sabe quién es?
–Yo no le dije nada.
–Yo sé quién es. Es mi hijo y es un vago y un pajero. ¡Y

ese trabajo, gracias a mí y al padre, que lo pudo tener! ¡Y vos te lo querés llevar a vivir a la villa con vos! ¡A que se vuelva puto y se prostituya!
–Es su vida.
–Y esa psicóloga de mierda, también, llenándole la cabeza, como si no la tuviera llena de pelotudeces, ya.
–¡La psicóloga le hizo re bien!
–¿No te das cuenta que mi marido está enfermo? ¿No ves que todas las mañanas tiene que usar el nebulizador?
–No es su culpa que Richar esté enfermo.
–¡Y encima lo convenciste de que no se opere!
–Yo no le dije nada de eso.
–¿Y por qué se escapó de la operación? ¡Era por su bien! ¡Para que deje de ser un mostro!
–Lo voy a esperar afuera...
–¡No! ¡Vos de acá no te vas, ahora me vas a escuchar! ¡Vos no le vas a volver a cagar la vida a mi hijo! ¿Entendiste? ¡Porque yo lo parí y no te voy a dejar!
–¡Y qué hay con que la hayas parido si no la querés!
Marta se acerca a Aike con la mano levantada.
–Pegame, no me importa, si sabés que es verdad.
–Es mi hijo, lo hice con mi propia sangre, cómo no lo voy a querer.
–Dejala en paz, entonces, ¡está buscando su identidad!
Sigma aparece detrás de Marta y le apoya una mano en el hombro.
–Marta. Basta.

—Javier… ¿Por qué nos hacés esto?
—No soy Javier.
—Esperá que tu padre vuelva de la portería, por lo menos.
—Por favor, mamá. Dejame que me vaya.
—Le va a dar un ataque. ¿Eso estás buscando? ¿Que tu padre se me muera acá, conmigo sola?
Marta agarra el mate y lo arroja contra una vitrina. Un vidrio largo se desprende, planea y queda clavado en un pedazo de pastafrola, como plantando bandera.
Aike y Sigma salen del departamento, cargados con bolsos y mochilas de camping. La brisa cálida que sopla en la calle levanta un pequeño remolino de hojas para acompañar la partida. Sigma se da cuenta.
—¿Viste? Las hojas nos despiden.
—Me gustó más la despedida de los vidrios —dice Aike.

EL BOTIQUÍN

Diez minutos antes de salir del departamento para irse a vivir con Aike, Sigma recibe un sopapo de su madre en plena cara. La empuja para sacársela de encima y Marta se agarrara de las cortinas de la habitación, luchando por no caerse. Sigma entra al baño y traba la puerta. Su mamá golpea varias veces, grita que le abra. Sigma apoya la oreja contra la puerta. Después de un rato, escucha el taconeo de Marta fugándose para el lado de la cocina.

Deja a sus pies la mochila de camping y se queda paradx frente al espejo del botiquín. Se mira con detenimiento el quiste, lo acaricia. Se rasca el mechón de pelo blanco, recién teñido, que le cae encima de la frente.

—El plateado te queda mejor que el verde —le dice al quiste.

Saca un destornillador de la mochila y desatornilla el botiquín. Apenas lo mueve para desempotrarlo, brota un río de cucarachas que huyen de la luz. Una vuela hasta la mano de Sigma y muere aplastada contra su pierna. Sigma se limpia en el jean el interior cremoso del

bicho, baja el botiquín con cuidado y lo apoya contra la taza del inodoro.

En el hueco de la pared está escondida la bolsa roja. Empezó a cargarla cuando entró a trabajar al ciber. La abre tres veces por año, le carga plata y vuelve a esconderla en el nido de cucarachas. Está repleta de los rollitos de billetes que robó a diario, cada vez que terminaba de hacer la caja. Saca la bolsa, la mete en la mochila junto con un par de cucarachas inevitables, coloca el botiquín en su lugar y se pinta los labios de verde.

—Muac —le dice a su reflejo y sale del baño encorvdx por el peso de la mochila.

LOS CUENTOS

El sol pleno del mediodía quema hasta el último rincón del barrio. Aike baja del colectivo y se mete en el ciber. En la bandeja de entrada del correo electrónico hay 52 mensajes de Benny. Los marca a todos para borrarlos pero después abre el último. El mensaje dice:

Te extraño, pienso en vos todos los días.
¿Ya no me amás?
Hace meses que me estoy muriendo de tristeza.
No puedo tocar a mi mujer, me acostumbré a tu piel.
Quiero estar con vos todo el tiempo, estoy pensando en separarme.
Me imagino los dos juntos, vos al lado mío mientras filmo, viajando a festivales.
Me tiro las cartas y me aparecés todo el tiempo. Tenés que estar conmigo. Me sale que vos me tenés que escribir mi próxima peli. Por favor, llamame. Dirijamos mis películas juntos. Te amo.

Aike cierra el mail, va hasta el mostrador y pide una

cabina. Marca el número de memoria, espera y escucha un hola cortado por bocinazos.

—Hola, ¿quién es?

—Aike.

—¿Quién?

—¡Aike!

—¡Aike! ¡Hola! ¡Hola, hermosa, sos vos!

—Sí, hola.

—¡Tanto tiempo! Perdoname, es que estoy en la calle. Te escucho como si tuviera una poronga metida en la oreja. Contame en qué andas, hace mil años que no nos vemos.

—Nada, en casa. Con calor.

—¿Querés que nos veamos?

Aike se mira la mano que sostiene el tubo en el espejo de la cabina.

—No sé.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Posta?

—Sí. ¿Leíste los cuentos que te envié?

—¿Qué cuentos?

—Los cuento que te envié al mail.

—Uy, no. Perdoname. Es que con la bebé... cada vez que me siento a hacer algo, se pone a llorar a gritos... aparte me cuesta mucho leer de la compu. No los tenés imprimidos, ¿no?

—No. Te los mandé hace un montón. El año pasado.

—Sí, ya sé, disculpame, es que es muy complicado, ya te digo. Imprimilos y los leo.

—Bueno. Chau.

—¡Pará! ¿No querés que nos veamos?

—...

—Dale.

—Hace calor.

—Aprovechame ahora porque a principios de abril me voy a la costa y no vuelvo hasta mediados de mayo.

—Estoy cansada.

—Dale, no te hagas la dura. Dame un poco de alegría.

Entra un grupo de chicos en guardapolvo al ciber, dándose piñas de mentira. A través de la puerta de vidrio, Aike ve cómo mueven los labios pero no escucha nada de lo que dicen.

—Dale, mi amor. Te re extraño. No estés en tu casa, ahí, aburrida como una vieja. Venite conmigo.

—Ya te dije, estoy cansada, ahora no puedo.

—Venite el viernes, entonces, que tengo el departamento para mí solo. Nos vemos una peli, ¿querés? Y pizza y diversión.

—...

—Trae tus cuentos.

—¿Mis cuentos?

—Sí, dale. ¿Los tenés en un cuaderno, no?

—Sí.

—Traelos. Los leemos juntos.

—Bueno, dale.

–El viernes a las diez de la noche, ¿sí?
–Es muy tarde.
–No te preocupes, te quedás a dormir. Mi mujer no viene hasta las ocho de la mañana. Te vas un toque antes, todo bien.
–...
–Leemos tus cuentos y después vemos una peli. Nos tomamos una birrita, un café. Si tenés ganas, te hago una tirada de cartas.
–Bueno.
–Bueno, te espero entonces.
–Okey.
–Te amo, hermosa. Venite pintada.
Aike sale de la cabina. Escucha gritos que vienen de las máquinas del fondo. Los chicos de colegio juegan al counter strike. Uno ve a Aike y les chista a sus compañeros.
–Paren boludos, que hay una señora.
A esa hora los colectivos que van al barrio pasan cargados de niñes en guardapolvo y madres traspiradas. Aike decide volverse caminando pero a las dos cuadras le agarra miedo de insolarse. Sube a un colectivo repleto y queda apretada entre varies cuerpes, sin poder agarrarse de ningún lado. Llega a su casa con ganas de vomitar.
En el patio, Sigma le busca garrapatas al perro con una pinza de depilar. Está sentadx a la sombra, en una silla de mimbre, en cueros. Lleva puesta una minifalda de

vinilo negro, medias de red y borceguíes. El perro se deja rascar el lomo con los ojos entrecerrados.
Un zorzal atraviesa las nubes y se posa en el patio de cemento. Tres segundos después, levanta vuelo. El color naranja de las plumas se fuga en línea recta y en esa fuga, Aike descubre el final del verano.

VICKY

Benny abre la puerta del edificio y sonríe de oreja a oreja.

—Al fin llegás, mi amor, pensé que ya no venías.

Aike retrocede. Benny la toma de la mano, la abraza y la hace girar.

—¡Yegua, te tiraste el ropero encima!

Un par de transeúntes se dan vuelta.

—Qué bien te quedan esos lompas ajustaditos. Y esas zapas, muy lindas, muy bien. Hubiera estado mejor unos taquitos finos, pero de a poco vamos mejorando.

—No uso tacos.

—¿Conseguiste laburo?

—No.

—¿Te estás curtiendo un viejo con plata?

—No.

—¿Y esa pilcha nueva de dónde salió?

—Me regalaron plata.

—¿Un chongo?

—Mi ex.

—Epa. ¿Me tengo que poner celoso?

—...
—Bueno, basta de charla. Vamos, que te tengo una sorpresa.
Apenas entran al ascensor, Benny la agarra por detrás.
—¡Cómo te extrañé, guacha!
Ella le quita la mano de su entrepierna, él insiste, ella lo empuja.
—Uy, no te pongas así mi amor. Mirá, ¿no ves? Cómo me dejaste. Me volvés loco.
Se abre la puerta del departamento, Aike huele un perfume dulce.
—Aike, te presento a Vicky, Vicky te presento a Aike. Como decía Roberto Galán, conózcanse.
Es la actriz con la que tomaba café el día que la dejó plantada. Ahora tiene el pelo azul y un vestido de vinilo negro, abierto en los costados.
—Hola, te conozco, ¿no? —Vicky le da un beso en la mejilla.
—No.
—Siéntense, chicas, que ya va a estar la pizza.
Benny se mete en la cocina.
—¿En serio te llamás Aike o es un nick?
—Me llamo así.
—Es de otro país, ¿no?
—No sé.
Aike siente la urgencia de ir hasta la puerta y salir sin decir nada pero se acuerda de que la entrada del edificio está con llave. Busca una frase que la saque del

departamento. Son sólo dos palabras: quiero irme. ¿Qué pasaría si dijera que quiere irse? Adentro de la mochila trae los cuentos. Los estuvo releyendo y corrigiendo durante el viaje. ¿Por qué no puede decir una frase tan simple como "me voy a mi casa"? La culpa es de los cuentos. A ellos les va a sacrificar las próximas horas, quién sabe cuántas, de incomodidad y malestar. Vicky la mira de reojo y le sonríe. Sus borceguíes son parecidos a los de Sigma, pero con menos hebillas.

—¿Te ayudo en algo? —le pregunta a Benny.

—No, hermosa, yo soy tu anfitrión. Andá, entretenela a la invitada de honor.

Vicky destapa una Quilmes.

—¿Y cerveza, tomás? —le pregunta a Aike.

—No.

—No sos de hablar mucho, ¿no?

—No.

—¿Pero te puedo preguntar algo?

—Dale.

—Vos también filmás, ¿no?

—No.

—Ah. Sos re parecida a una actriz... no me acuerdo el nombre. Una que está trabajando ahora con el Conde. Estuvo en la que hice el año pasado... pero no tuvimos escenas juntas... No me puedo acordar el nombre... Benny ¿tenés mi última peli acá en tu casa?

—Sí, pero no a la vista —grita Benny desde la cocina.

—¿Por? ¿Tenés miedo de que te deje tu mujer?

—No, si ella sabe que es laburo. Pero cada vez que viene mi suegra chusmea todo. Es anti porno, anti trolas. Antitetánica es, vieja concha seca.
Benny sale de la cocina con un delantal amarillo atado a la cintura. Abre un mueble viejo y saca un DVD. Se lo pasa a Aike. La película se llama "Colegialas Petardas". En la portada, dos mujeres vestidas de colegialas se besan y se tocan por debajo del jumper. En la contratapa, varias chicas chupan pijas. En una de las fotos, Vicky aparece desnuda encima de una moto. Aike le devuelve el DVD a Benny.
—Quedátelo, te lo regalo. Yo acá no lo puedo tener. Está buena, fue la primera que hicimos. Qué bardo la escena de la moto, ¿te acordás? —le pregunta a Vicky. Ella se ríe sin ganas.
—Bueno, chiquitas, ya está la pizza. ¿Qué quieren ver mientras comemos?
—Me da lo mismo —dice Vicky.
—Bueno, voy a poner algo bien clásico. Sergio Leone. ¿Qué les parece Sergio Leone?
Ninguna dice nada.

LA HORMIGA

Lo primero que ve León cuando se abre la puerta es a Sigma limpiando la colección de muñecos en la mesa del living. Lleva puesto un vestido de mangas largas y pantis blancas. Entre los dedos de uñas verdes asoma el EVA rojo de Asuka. Sigma le quita la mugre con un pincel.

León ve la mano abierta de Sigma y mete su mano al bolsillo.

—Tanto tiempo, Javier.

Sigma le da la espalda y sigue desempolvando el EVA.

—¿Está mi hija?

—En el fondo.

León asiente y va hasta el jardín.

Sigma espera, con el oído atento. No se escucha nada. Espera un rato más. Sólo se oyen las patadas de taekwondo que Aike lleva practicando desde que salió de la cama. Deja el pincel y los muñecos y se asoma a la puerta que da al patio trasero. El viento agita un par de toallas tendidas encima de unos cables. León fuma de pie, mientras Aike se descarga en el tronco

de la higuera. El perro duerme hecho un bollo sobre un pantalón de gimnasia viejo.
Sigma se acaricia la tela del vestido y se acuerda de la madre de Aike. El tacto sedoso le hace cosquillas en el estómago. Una hilera de hormigas rojas desfila por el marco de la puerta. Acerca el índice y una de las hormigas se detiene. Mejor irse a la calle, piensa Sigma.
De camino a la verdulería escucha que le silban. Son dos tipos que fuman en una esquina. Sigma les tira un beso y ellos se ríen. Desea que se le acerquen. Que le apoyen una mano, un dedo. Se imagina noqueándolos y mordiéndoles la cara. Hasta arrancarles un pedazo de mejilla a cada uno. Así va a marcar a todos los varones que traten de violentarlx. Imagina el pedazo de mejilla de uno de los tipos entre sus uñas verdes y se acaricia los labios.
—¿Qué vas a llevar, Javi? —le pregunta la verdulera.
—Berenjenas.
—¿Vas a comer milanesas?
—Sí.
—¿Quién las cocina?
—Yo.
—Qué suerte tiene tu mujer.
—No tengo mujer.
-Perdón, tu marido.
—Tampoco tengo.
—Mejor, corazón. No hay que casarse, nunca.
Antes de llegar a la casa, Sigma reconoce la silueta de

León a lo lejos. Piensa si dar la vuelta a la manzana pero mientras especula con evadirlo, sigue caminando hacia él. Una preocupación inútil porque cuando se cruzan, León pasa al lado suyo con la vista fija en el horizonte, como si no existiera.

LAS RISAS

Benny hunde la pija en el culo de Vicky.

—Chupame los huevos, dale. Chupame los huevos mientras me cojo este culito de bebé.

Aike se agacha y chupa, contorsionada entre pliegues y choques. La piel le pica, como si estuviera hecha de la lluvia de una pantalla sin señal. Tiene ganas de verse desde afuera. De confirmar que los movimientos son tan ridículos, el ensamble tan descompuesto como se lo imagina. Las bolas de Benny tienen gusto a mierda.

—Me voy —le dice a Benny y se agacha debajo de la cama, buscando sus zapatillas.

—¿Por qué paras? —Benny la agarra por la cabeza y le hunde la pija hasta la garganta. Aike hace fuerza para soltarse pero él aprieta y ella vomita. Los trozos de pizza sin digerir se le desparraman por la cara.

—No te limpies, puta.

Le saca la pija de la boca y acaba encima de las tetas de las dos.

—Cómo les gusta mi leche, putas. Chupen. Chupen leche, gatitas. Siii. Cómo les gusta. Qué putas... cómo

querían esta leche...
Aike se mete en el baño. Abre la llave de la ducha pero no sale nada y se enjuaga las tetas y la boca en el lavatorio. Está terminando de vestirse, cuando escucha que abren la puerta del departamento. Pasos, saludos, la risa de un varón desconocido y de Vicky y algunas palabras, que entiende a medida que se le pasa la sorpresa.
El tipo que entró se llama Pablo. Es compañero de la productora de cine donde trabaja Benny. Ve salir a Aike y le dice que es hermosa. Aike dice que se tiene que ir, que por favor le abran la puerta. Benny le pide que se desnude de nuevo. Ella se queda quieta. Afuera el sol despunta encima de los edificios.

EL CÁNCER

Aike se despierta en el colectivo. Mira por la ventanilla para ver si se pasó pero todavía faltan como treinta cuadras para llegar a su parada.
Qué pasaría si no se baja. En algún momento tendrá que bajarse. Cuando lleguen a la terminal. ¿Qué puede pasarle si se niega a bajarse del colectivo? ¿La pueden meter presa? ¿Internarla en un psiquiátrico? ¿A quién van a llamar si ella no les da ningún nombre? Si tira el DNI por la ventanilla para que nadie pueda identificarla. ¿La podrán identificar sólo con sus huellas dactilares? ¿O a lo mejor solamente la dejen tirada en la calle? ¿Cuánto tiempo será capaz de deambular por la calle hasta que alguien se fije en ella? ¿Se morirá de hambre? ¿La dejarán dormir tranquila, por lo menos? ¿O le pegarán? ¿La volverán a violar? ¿La torturarán hasta su muerte para divertirse? ¿Quiénes hacen cosas así? ¿Todo el mundo?
La terminal queda en Escobar. No conoce a nadie en esa ciudad. ¿Y si mata al colectivero y se roba el coche? ¿Cuánto tardarían en localizarla? ¿Cuál es la pena por matar a un chofer y robarse el colectivo? ¿El chofer

también habrá violado y torturado? ¿Habrá pensado en matar porque sí, como ella? Planeando maneras de matar al chofer, Aike toca el timbre y se baja diez cuadras antes de su parada.
De camino a su casa, ve subir las persianas de varios negocios. Entra a la panadería y se queda un rato frente a la heladera de postres hasta que la chica le pregunta si va a llevar algo y ella sale sin contestar.
Busca la llave y no la encuentra. Patea la puerta. Patea tan fuerte que le parece que se quebró los dedos. Sigma le abre con cara de odio. Aike le dice que se siente mal, que por favor le caliente agua para darse un baño y se desmaya encima del piso de cemento.
Despierta varias horas después, en la cama, con otra ropa, con la cabeza limpia y peinada. Se levanta y se vomita los pies.

EL PÁJARO

León amaga con darle la mano a Sigma pero a último momento se la mete al bolsillo.

—¿Y mi hija?

—En el patio del fondo —dice Sigma. Agarra de nuevo el muñeco que estaba desempolvando y le pasa un pincelito por las verijas.

De camino al patio León compara a Aike con una muñeca. Él la baja de una repisa gigante y le pasa un trapo cada dos o tres meses. Su hija también es un juguete delicado pero sin importar cuánto haga, se le pone vieja y sucia.

No le va a decir nada. Que hable ella. Y si no hay ninguna palabra, le va a dejar un par de billetes para la luz y la comida y saldrá sin saludar, por el costado de la casa. Ni en pedo va a cruzarse otra vez a su ex yerno vestido con ropa de la muerta. A León se le erizan los pelos de la nuca.

Aike le pega patadas al tronco de la higuera. La pierna corta se alza y cae siempre en el mismo lugar, encima de tres grietas que forman una cara. Está más flaca,

más canosa. León prende un cigarrillo. El ruido del encendedor despierta al perro. Gruñe y se vuelve a dormir, ovillado entre ropas viejas.

—Pirulo —dice León. Le acaricia el vientre. El pelaje enrulado y lustroso del animalito lo alegra.

La caricia termina y se oye el grito. Profundo y dilatado, como una frenada de auto. Aike está desnuda. Salta y agita los brazos largos en el aire. Agarra botellas de plástico y pedazos de madera y los arroja al jardín del vecino. Salta y tira cosas hasta que no encuentra nada más que tirar. Entonces se tira ella misma, desnuda en el pasto. Escarba, recoge la tierra y la arroja a la cara de León. Él se limpia y sale a paso rápido por el costado de la casa. El corazón le late demasiado lento. Cruza el portón creyendo que se va a caer muerto en la calle. Pero no se muere. Camina hasta la parada del colectivo sin sentir el cuerpo, debajo de un pájaro que es un color palpitante acompañando sus pasos.

EL SUEÑO

Una noche de invierno Aike y Sigma sueñan el mismo sueño. En el sueño son parte de un extenso grupo de personas que se ofrecen como voluntarias para probar una sustancia que borra recuerdos relacionados con el abuso. En el sueño de Aike, la sustancia es parecida al plomo y se aplica en los ojos con un gotero. Produce una ceguera temporal, luego de la cual los recuerdos del abuso desaparecen.

En el sueño de Sigma, es una droga vegetal procesada por animales de granja que lograron emanciparse del exterminio perpetrado por la industria del alimento y es suministrada en vasos de papel reciclado, por ovejas.

Tanto el grupo de Aike como el de Sigma consiguen borrar los recuerdos traumáticos. Pero junto con las memorias, pierden el freno inhibitorio que les impedía defenderse de las agresiones.

Las personas libres de culpa asesinan a sus abusadores y también a otres abusadores y a otras personas violentas. Las drogas se venden ilegalmente y la masacre se extiende por todo el planeta. Pronto intervienen los

ejércitos, estallan bombas, los mundos de cada uno de los sueños quedan desiertos y son repoblados con nuevas especies animales y vegetales.

Aike y Sigma se despiertan al mediodía, desayunan, miran videos en la computadora. Aike tiene una crisis y se corta el brazo con un cuchillo de cocina. Sigma le limpia la herida, la venda y le cuenta el sueño. Buscan otros videos en la computadora, alguna película, no encuentran ninguna que les interese. Ya es la madrugada de otro día, cenan milanesas de berenjena, toman té. Aike le dice a Sigma que tuvieron el mismo sueño, con pequeñas diferencias. Salen a caminar por el barrio. En la plaza, Aike se sube a una hamaca. Vuelven a la casa, vuelven a dormir, Aike se despierta, se vuelve a cortar. Nunca más sueñan el mismo sueño. Pasa el invierno, sueñan otras cosas. Hablan de lo que sueñan. Lo escriben. Lo dibujan. El canto de los pájaros trae otro verano.

LA NUBE

Después de un año sin revisar su mail, Aike entra al ciber y pide una máquina al fondo. Tiene seiscientos cuarenta y dos mensajes nuevos. La mitad son de Benny, el resto SPAM. Lee algunos asuntos: "Por dónde andás"; "Te amo"; "Qué pasa, hermosa"; "Por favor llamame"; "Necesito saber que estás viva"; "Me aparecés en todas las tiradas"; "Quiero que me escribas una película"; "Me siento morir sin vos". Cierra la sesión sin abrir ninguno y pide una cabina.

–¿Hola? –La voz de Benny, alegre, entrecortada por ruidos de calle, le hace arder el estómago.

–Hola.

–¿Quién habla?

–Yo.

–¿Aike?

–Sí.

–¡Mi amor! ¿Dónde te habías metido?

–...

–¿Cómo? No te escucho bien.

–Nada.

–¿Qué?
–No dije nada.
–¡¿Cómo estás?!
–...
–¿Hola?
–Hola.
–¿Qué pasó que no te vi más?
–Nada.
–¡Hace un año que no nos vemos! ¿Por qué no me respondías?
–...
–Pensé que estabas enferma.
–...
–¿Estás enferma?
–No.
–Me tenías preocupado.
–...
–Llegué a pensar cualquier cosa. Que te habías muerto
–...
–Te extrañé, ¿sabés?
–...
–¿Vos no me extrañaste?
–...
–Te estás garchando a tu ex.
–...
–¿Hola?
–Hola.
–¿Me escuchás bien?

—Sí.
—Tenemos que vernos. Tengo mil cosas que contarte. ¿Cuándo venís al centro?
—No sé.
—Venite ya.
—Venite vos.
—¿Cómo?
—Podés venir vos. Para acá.
—No, mi amor, yo no puedo viajar.
—¿Por qué?
—Porque yo soy padre. Tengo una bebé de tres años. Yo tengo obligaciones, ¿entendés? Dale, venite. Te invito a lo que quieras. Nos vamos a un hotel, a pernoctar.
—...
—Podemos ir a ver una peli, lo que quieras.
—Bueno.
—¿Venís ahora?
—No, mañana.
—¿Hola? No te entendí.
—Voy mañana.
—¿Mañana?
—Sí.
—Genial, mañana a las seis de la tarde estoy libre.
—Nos encontramos en el bar de siempre, a las doce de la noche.
—¿De la noche? ¡Epa, mi amor, qué guerrera que estás! Pasame tu número.
—No tengo.

–¿Hola? Se entrecorta, decímelo de nuevo.
–No tengo celular.
–¡¿Todavía no tenés celular?!
–No.
–Ay, dios. ¿Qué voy a hacer con esta jipi?
–Mañana a las doce.
–Bueno, entonces te esp...
–Chau.
–¡Pará mi amor, no me cortes!
Aike paga y sale. Siente que se desmaya a cada paso. Llega a la parada de colectivos y apoya la cadera en el banco de metal. No hay gente, ni pasan autos. En el cielo una nube gorda y plateada se deshilacha en cámara lenta.

LA BARRENDERA

La barrendera está sentada en un banquito de plástico, al costado de la casilla de vigilancia, con el termo entre las piernas. El viento le desarma el rodete de pelo azul oscuro. Con la misma mano que sostiene un gajo de naranja, se corre los mechones de la frente. León le mira el brillo del pelo y después mira el sol blanco, buscando quedar ciego. ¿Se quedará ciego de verdad de acá a diez años? ¿Llegará a vivir diez años más?

La barrendera le alcanza un mate.

—Qué hermoso este barrio, don León, qué suerte tenemos de trabajar acá. Tan tranquilo y limpio, todo blanco y verde y bordó. Y qué hermosos tantos naranjos, toda la cuadra llena. ¿Quién los habrá plantado?

León no sabe. Pero está seguro de que la fruta que come la barrendera viene de otro lado. Las naranjas de estos árboles son tan amargas que no se pueden usar ni en un jugo.

—¿De qué árbol vendrá la que estás comiendo? —pregunta. Ella no lo entiende y se queda callada.

El perfume de la naranja filtra las aguas del Pilcomayo

en los ojos opacos de León. El bote verde y blanco. Su abuela jorobada remando con la energía de un cuerpo adolescente. Nunca se sacó fotos, por eso León solamente conoció la piel ruda como el tronco del quebracho. ¿Cómo habrá sido la cara joven de la abuela? ¿Se parecería a la de su hija? ¿A la de la chica que barre en este horario? ¿O sería áspera y feroz, como su propia cara?

No se acuerda de la primera vez que vio a su abuela pero sí de la primera vez que vio un caballo. Y del primer camalote, de las raíces que lo atraparon y de la vecina que lo rescató. De cuando abrió los ojos en el catre donde dormía su mamá. De su mamá con un rosario entre los dedos, diciéndole en voz bajita que apenas se pusiera bien lo iba a cagar a cintazos. Por muchos días le pareció que había muerto en el río y que al cadáver lo había absorbido el camalote. Que estaba viviendo otra vida, en un cuerpo ajeno, extraterrestre.

La barrendera le da un toque suave en la rodilla.

—Qué distraído está, don. Hace rato que le estoy ofreciendo.

León acepta el mate y abre la boca para decir algo. Pero duda de la palabra que está por pronunciar y en esa vacilación un derrame de olvido deshace las formas y los significados. Más se empeña, más vacío queda de palabras y recuerdos. Se mira los dedos largos y oscuros y siente vértigo.

—Gracias, no tomo más.

—Devuélvame el mate entonces, don León —le contesta la barrendera, muerta de risa.

LOS PERSONAJES MÁS IMPORTANTES DEL SUEÑO DE AIKE Y DEL SUEÑO DE SIGMA

El del sueño de Aike es mujer y no tiene nombre. Sobreviviente de abuso en la infancia. Va a un recital con su mejor amiga y a la salida, un tipo las persigue. Cansada de ser hostigada, la amiga enfrenta al acosador y le rompe la cara con una semilla gigante. Va presa. El penal queda lejos. Se aleja a medida que la protagonista se acerca para visitarla. Suceden otras cosas difíciles de describir hasta que la sobreviviente aparece en la oficina secreta donde firma papeles ofreciéndose de voluntaria para el experimento.
Está recostada sobre una camilla. Le aplican las gotas que parecen de plomo. Queda ciega unos instantes. Tiene convulsiones. Recupera la vista, va a la casa del abusador de su infancia. Es su hermano mayor. Lo mata hundiéndole la cabeza en una maceta. La maceta explota, crece un cactus que habla. La sobreviviente sale con un altavoz a la calle y le pide a otres sobrevivientes que la acompañen. Se forman extensas columnas de personas, animales y aparatos electrodomésticos que caminan.

Todes fueron abusades, todes probaron la sustancia.
Hay columnas de sobrevivientes marchando en las principales ciudades del mundo. Entran a casas particulares e instituciones donde se cometen violencias sexuales y linchan a les abusadores. Los ejércitos bombardean las calles. Los electrodomésticos humanoides son los últimos en morir. El planeta es repoblado con animales y ciborgs. Termina el sueño.
El del sueño de Sigma es la oveja que junto a su rebaño logra emanciparse del exterminio industrial y sintetiza una primera versión de la droga.
Aprende a leer y a escribir por sí misma y concibe un nuevo concepto en botánica. Escribe ensayos, poemas, una novela. Autogestiona su propia editorial de papel reciclable. Descree de lo partidario, es naturalmente anarquista. Es la primera en exponerse a la droga, para aliviar sus propios traumas de la adolescencia. Muere antes de ver los resultados a nivel masivo de la sustancia.
Columnas de sobrevivientes marchan en las principales ciudades del mundo. Entran a casas donde se cometen violencias sexuales y linchan a les abusadores. Los ejércitos bombardean las calles. Las ovejas y los búhos son les últimes en morir. El planeta es repoblado con animales y ciborgs. Termina el sueño.

MEPHISTO WALZ

A Sigma las medibachas nuevas se le pegan a la entrepierna y le apelmazan los huevos. Esa mañana soñó con una máquina del tiempo. Era un kiosco de diarios y revistas y tenía la chapa pintada con jeroglíficos. En el cielo, las nubes enrojecían y sonaba una canción de Mephisto Walz. Sigma entraba en el kiosco, el kiosco se cerraba detrás suyo, viajaba al pasado. Aparecía en el vientre de su madre, en la cuarta semana de embarazo y pedía ser abortadx. Marta respetaba su decisión. Sigma por fin conocía el cero de la existencia. Estar en cero de la existencia se parecía a un dibujo animado que había visto hacía poco en Cartoon Network y del que no se acordaba el nombre.

No pasa nadie por esa esquina así que se baja los jeans, se rasca los huevos y se huele. Al rato Aike y Benny salen del bar. Benny es más petiso que en la foto de la página web. Antes de cruzar la calle, Aike levanta una pierna corta y la estrella en la cara de Benny.

Sigma espía la escena, regocijadx. Hasta el menor detalle se cumple idéntico a la coreografía proyectada y

revisada una y otra vez durante el último par de meses. Tiene ganas de correr y arrastrar a Benny por los pelos de la barba pero hay que esperar el momento justo.
Benny se levanta, aturdido. Aike lo patea otra vez. Se dobla sobre su estómago, tiene una arcada. Quiere enderezarse pero cae de rodillas en la vereda.
Sigma cruza corriendo. Benny se agarra fuerte de una de sus piernas. Sigma le desprende un dedo a la vez, lo levanta y le da el cabezazo que lo termina de desmayar.
—Pará ese taxi —le dice a Aike.
Un taxi también es una máquina del tiempo porque llegamos al futuro más rápido que si fuéramos caminando, piensa Sigma. Y el tiempo también es una máquina. Un aparato gigante que borra nombres, personas y mundos. Aike se asoma a la oscuridad de la calle, sube un brazo pero cambia de opinión, lo baja y se tira encima de Benny. El chorro de sangre sale con fuerza y salpica la cara de Sigma.
—¡No seas pelotuda!
El taxi pasa de largo.

LA EMPERATRIZ

—Estuve meditando mucho, después pregunté al oráculo y me salió la Emperatriz y la Justicia. En la misma tirada, podés creer. La Emperatriz es Venus, el amor. La Justicia es Libra, el casamiento… ¿Sabés por qué me salió la Emperatriz? ¿No?… Porque sos la mujer de mis sueños. Por eso quiero estar más tiempo con vos. Nos vemos muy poco. Ni me acuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos juntos… ¿Dónde estuviste metida, guacha?… ¿Cómo que en tu casa? No me mientas… Yo no soy de abrirme así, con nadie, ¿sabés? A mi mujer le dije te amo recién al año de que salíamos. Con ella ni siquiera me casé… Y sabés que después me hice una sinastría con nuestras cartas. Tenemos Sol conjunción Venus, que es uno de los mejores aspectos que te pueden aparecer en una relación. Y Venus lo tenemos en Casa Ocho. ¿Sabés lo que es Venus en Casa Ocho? ¿Sabés o no sabés? ¿No? Quiere decir que juntos nos va a ir bien con la guita. No como ahora con mi mujer, que me estoy cagando de hambre. Nos vamos a forrar. Y vos me vas a ayudar. La carta me dice que la guita va a venir de

tu lado. De una herencia a lo mejor… Tendríamos que tratar de vernos más seguido. Yo me puedo hacer un espacio. Un sábado o un domingo por semana. Nos podemos pagar una pieza tranqui para estar todo el día. Vos ahora que andás mejor de cash me podés ayudar, lo pagamos a medias. ¿Qué te parece? Porque me pongo celoso de verte tan poco, ¿sabés?… ¿Estás con tu ex?… No te enojes porque te pregunto estas cosas… Es que cada vez que te veo estás más linda. Lástima que te pongas esa ropa tan fea…. Mirá lo que tenés puesto. Es un camperón de viejo…. Estás hermosa, igual…. Decime la verdad. Estás garchando como la coneja de Duracell… Está bien si garchás con otra gente. Mientras me ames a mí solo… ¿Andás con cambio encima? Porque yo ando medio corto hoy, para el telo. ¿Podrás ayudarme con un par de billetes? ¿Sí? Entonces el café lo pago yo. Te amo, hermosa. Qué perra hermosa. Qué yegua. El día que te pintes esa boca.

EL BOLSILLO

La calle de noche y los ruidos lejanos desaparecen. Una luz blanca se traga las formas y los sonidos.

—Te das cuenta de lo que hiciste, boluda —dice Sigma.

De los ojos abiertos de Aike también sale luz.

—Cagaste todo.

—No me importa —dice Aike. —Vos andate. Esta es mi vida.

—No me quiero quedar otra vez sola.

—Nunca estamos solas.

—No me dejes de nuevo.

—Por favor. Soltame y andate.

El resplandor se apaga, aparecen la noche y la ciudad. Aike se mete el pedazo de carne que le cortó a Benny en el bolsillo del camperón feo. Pasa otro taxi, la luz de los faroles entrevera sus sombras contra una pared.

—Te das cuenta —dice Sigma de nuevo.

—Sí. Me doy cuenta de todo. No me sigas —dice Aike y camina sola, calle arriba.

EL SONAMBULISMO INTELECTUAL

–Y contame, ¿seguís escribiendo? Contame algo... De eso que escribís. Nunca me mostrás nada. ¿Tan aburrido es que no me lo querés contar?... ¿Qué cosa me mandaste por mail?... ¡¿Cuándo?! ¿Posta? Me parece que no me llegaron. Qué se yo. Por ahí se hayan traspapelado, linda... Bueno, pero contame uno aunque sea... ¿Por qué no podés? ¿Te da vergüenza? Está bien que te de vergüenza, mi amor. A veces hablo con algún gil que me dice que escribe, que tengo que leer su libro. Algunos hasta tenés la leche de que te lo regalan. Y vos lo agarrás y le decís gracias y te querés pegar un tiro en los huevos... Ojalá la gente tuviera más vergüenza de lo que hace. Ojalá hubiera muchísimo menos gente haciendo cosas. Uno de cada diez millones. O menos. Porque la gran mayoría, cero autocrítica. No podés andar por la vida diciendo que escribís cuando lo que hacés es una poronga. Un mínimo de autocrítica. Sentido común. ¿No te parece?... Ya sé que cualquiera puede hacer lo que le sople el ojete. Yo lo que digo es que de ahí a andar mostrando... y algunos pagando encima, gastándose la

plata en editar su propio libro, porque nadie los quiere editar, porque los editores tampoco comen vidrio. En vez de agarrar esa guita y hacerte un buen asado o pagarte una buena chupada de pija... Mi viejo, por ejemplo. Ya se autoeditó tres libros de poemas. ¿Podés creer? Tres libros de poemas. Cada tanto viajo a verlo y me enchufa un nuevo libro. ¿Qué querés, que no te venga a ver más, papá? Una pérdida total. Árboles, tinta, tiempo. Y él se agranda porque un par de giles con chapa le dijeron que están buenos. Pero la verdad... pobre mi viejo... Y es así, nomás. Todos quieren ser escritores. ¿Para qué? ¿Vos por qué escribís?... ¡¿Cómo no sabés?! Bueno, ¿ves? Eso ya es un problema. El sonambulismo intelectual. Gente que un día se levanta y dice "voy a escribir una novela", como si me dijeras "me voy a hacer una paja". No cualquiera puede escribir algo que valga la pena. No es para todo el mundo. Pero así los giles se fabrican su propia infelicidad. Pensando que con las ganas de hacer algo, alcanza. Así está el mundo de feo, por la cantidad de giles que hacen cosas de mierda... ¿Ni uno te acordás?... Bueno. Mandámelos de nuevo, ¿querés? Pero mirá que yo me manejo con honestidad brutal. Si me parecen una mierda te lo voy a tener que decir... ¿Qué cosa? ¿Pero qué tiene que ver mi hija?... ¡Ah! Y... obvio, mi amor. Yo soy padre. Si te dije que no podía en ese momento es porque no podía. Tengo una bebé que criar, no puedo estar leyendo cuentitos a cualquier hora del día... ¿Pero cuándo me los pasaste?

No me suena para nada... ¡Sí! ¡Pero sí!... Sí, yo siempre te los pido. Vos sos la que nunca me los muestra... ¿Y si querías que te lea por qué no me los trajiste impresos, mi amor? Yo te los leo. Pero después te soy totalmente sincero. Si no me gustan, no pienses que te voy a mentir porque te quiero, ¿eh? Si no servís para algo y lo seguís haciendo, después la vida se cobra. Pasan los años y en vez de hacer algo bueno, hacías una verga y como nadie te avisó, ¿para qué viviste? Para fracasar. Por eso pienso que alguien siempre tiene que decirte las cosas. Por más que sea cruel. A mí me gustaría que venga alguien groso por ejemplo, y me diga, mirá loco, lo que hacés la verdad que es una cagada. Hasta por ahí le doy bola y lo dejo de hacer... ¿Qué? ¿A mí? Me han dicho de todo. Que es malo, que no se entiende, que por qué pongo la cámara así o asá, que no tiene actores, que no tiene guión. Fijate en los debates del foro. A todos les contesté. A cada uno, me tomé el trabajo... Tenías que ver quiénes me lo decían. Giles a pedal. Yo a esa gente no le doy bola. Que me lo venga a decir Scorsese. De Scorsese para abajo no escucho a nadie... Bueno... Imprimilos y me los traés. Así los leo mejor predispuesto. Porque en la máquina me queda duro el cuello... ¿Y contame, se los mostraste a mucha gente?... ¿Pero vas a un taller literario, por lo menos? Igual por ahí esos lugares tampoco sirvan para una mierda. Son cosas para las que se nace. Si no naciste para eso, si no venís con el material incluido es medio al pedo. Y

no cualquiera viene con el material incluido. Uno en un millón. Todo lo demás es mierda, sabelo... Bueno, mi amor, basta de chamuyo. ¿Vamos a cucharear? ¿Sí?... Te amo, ¿sabés?... No estés mal. Yo no amo a mi mujer. Yo te amo a vos, ¿entendés? Así como sos. Toda fallada. Te amo igual.

EL 60

Aike sube al 60 y pide un viaje hasta Provincia. El chofer la mira de arriba abajo y le pide que repita el destino. Después marca el precio en la máquina. Son las dos de la mañana. En el primer asiento un chico duerme encima del hombro de una chica que se delinea los ojos. El resto del colectivo está vacío. Aike saca boleto y se sienta en el fondo. Se acomoda cerca de la puerta. El chofer la vigila por el espejo retrovisor.
No tiene miedo por Sigma. Nadie lx va a buscar. Y si lx buscan, Aike negará cualquier vinculación y se hará cargo de todo. También puede declarar que Sigma quiso pararla y no pudo. Porque además es verdad. No sabe si Benny murió. Piensa que sí. Está segura de que la van a buscar y terminará presa. Se imagina en la cárcel. Le pegan todos los días y la violan mujeres policías. O policías varones o personal de limpieza o enfermeros que pasan por ahí. El pelo se le pone totalmente blanco. Se da cuenta de que no tiene ninguna idea de la vida en la cárcel aparte de la violación cotidiana.
Trata de rehacer la escena, buscando testigos o

evidencia que la implique, pero aparece la misma serie de fotos fuera de foco. Como si lo que hizo lo hubiera hecho debajo del agua, en un incendio, metida en un tornado.

Ella tirada encima de Benny.

Manos abriendo una boca por la fuerza.

El cuchillo de caza que le robó a su papá.

La boca abierta, sin muelas.

La luz de un auto.

El primer chorro de sangre.

La resistencia de la carne.

Un desprendimiento

Las rodillas doliendo.

Gritos de Sigma.

Un pedazo de cielo negro.

Un resplandor.

Su propia boca abierta.

Cansancio.

Miedo.

Sueño.

Hambre.

Náuseas.

La lengua.

El bolsillo.

LA AMARGURA

—Yo sé que no me crees lo que te digo de mi mujer y de que te amo a vos. Por ahí si yo estuviera en tu lugar también sentiría que me están chamuyando. Porque si te digo que te amo pero después me vuelvo a casa con la otra loca, no tiene mucho sentido. Ya lo sé… Pasa que no la puedo dejar. No sólo por la bebé. Que de última la puede criar mi suegra. Más allá de que sea una vieja conchuda, criar hijos sabe, tiene experiencia. Parió cuatro pibes, le habrán salido torcidos pero sobrevivieron… el tema es que yo a esta piba la agarré de muy pendeja. Tampoco es que le llevo veinte años, no le llevo tanto… pero yo ya era un hombre y ella era una pibita… y se acostumbró a mí ¿entendés?… Yo le tengo que resolver todo. Está bien, ella se rompe el culo en el laburo, lo que quieras. Pero yo le tengo que resolver todo. Porque cuando le agarra el ataque no sirve ni para diario de linyera. Por ejemplo, la otra vuelta que la bebé se nos cayó de la cama. Se puso como loca, no podía ni dar un paso. Si fuera por ella, ya era velarla y hacerle el entierro. Y yo ahí me tuve que poner, cómo

decirte, como el padre de las dos. Y ella es enfermera, ¿entendés? Ella atiende criaturas quemadas, sin los bracitos, todos los días ve cosas horribles en la guardia. Me vas a decir que no sabía que la nena no tenía nada. La llevamos y la médica la vio y nos dijo, qué quieren que le dé por un chichón. Pónganle un pañito frío. A las dos de la madrugada corriendo con la bebé, un sábado. Cuando podríamos estar garchando tranquilos. Esa es otra. Olvidate de garchar. Eso era algo que se hacía el primer año de estar juntos. Después, así no. Por ahí, no. En cuatro, no. Pero yo también ya me había acostumbrado. Al cariño, ¿no?

EL PLAN

El plan era de Sigma; llevaban a Benny desmayado hasta el departamento de Marta y Richar, lo encerraban en la caldera mientras Richar dormía, le tatuaban la palabra “violador” en la frente y lo dejaban desnudo en el obelisco o algún otro lugar de Capital con mucha circulación. No podía existir mejor castigo que esa marca y la humillación pública. Pero después de dejarlo inconsciente, el trabajo que les quedaba por hacer le pareció irrealizable. ¿Qué pasaba si el taxista no les creía que Benny era un amigo borracho y llamaba a la policía? ¿Y cómo iban a hacer para cargar a Benny tatuado y desmayado hasta el obelisco, sin que el segundo taxista que los iba a transportar se diera cuenta y los quisiera denunciar? ¿Cómo iban a desnudarlo y dejarlo ahí sin llamar la atención de nadie? Sigma le había dicho que todos los taxistas son violadores y asesinos en potencia. Que no empatizan con el sufrimiento de nadie, por eso manejan taxis. Que la gente alrededor del obelisco es indiferente a cualquier situación extraña porque el obelisco ya es bastante turbio. Mientras Aike evaluaba

todos esos factores, llegó el tornado.

EL AMOR

—Porque yo la quiero, no te voy a decir que no. La quiero con el cariño de un hermano. Porque ya calentarme no me calienta más hace mucho. ¿Y qué voy a hacer? Si le llevo flores, me reclama que seguro le estoy metiendo los cuernos, si la invito al cine me dice que está cansada de laburar, que yo no la entiendo porque me rasco. Pero yo le estoy criando la hija y eso ella no lo valora. No valora que yo me quede los sábados en vez de irme de joda con los pibes. Ella no ve nada, ve solamente las cosas malas. No sé qué quiere de mí, que me cosa la pija al ombligo. Yo soy un chabón de cuarenta, todavía tengo cuerda, tengo ganas de coger, de que me la chupen. ¿Qué voy a hacer? Pero bueno, la vez que le dije de separarnos, eso fue lo que me puso alerta. Fue unos meses antes de quedar embarazada. Le dije, hasta acá, Lore, ya fue... y así estuve toda la noche, atajándola para que no se tire por el balcón. La tuve que fajar... ¡la tuve que atar a una silla!... porque encima después no me creía que me quería quedar con ella. Toda una noche, convenciéndola de que la amo,

de que es lo más importante de mi vida. Cuando ya me venía mentalizando hacía dos meses en irme a la mierda. Ya hasta tenía en vista un mono ambiente. Un desastre. Por eso no puedo dejarla, ¿entendés? No sé qué es capaz de hacer. Sí, sé. Es capaz. De matarse y dejar a la bebé sola. Es capaz. No tiene instinto. Yo soy más madre que ella. Para ella la nena es una muñequita. Ni cambiarle bien el pañal sabía cuando nació…

LA LENGUA

El colectivo lleva parado un rato pero Aike no se da cuenta hasta que tiene al chofer en frente. Mira por la ventanilla. No entiende dónde está.

–¿Estás bien, mami? –pregunta el chofer.

–Sí. Todo bien.

–¿No querés que te lleve a un hospital?

–No.

–Pero... estás herida.

–No, posta. Estoy bien.

–Pero ¿necesitás algo?

–Quiero llegar a mi casa.

–Mirá, si no querés que te lleve a un hospital te voy a tener que pedir que te bajes.

–...

–Tenés que bajarte, mami.

–¿Por qué?

–El tema es que yo tengo una responsabilidad con la gente que subo, ¿entendés? Y vos estás así... toda explotada...

–Estoy bien. Estuve en una pelea.

–Si te pasa algo acá arriba, la responsabilidad es mía, ¿entendés?
–No me pasa nada, estoy re bien.
–Bueno. Entonces bajate.
–Pero…
–Te vas a tener que bajar.
–Pero pagué el boleto.
–¿Qué querés que te diga? Es complicado.
–Pero estoy bien.
–Por eso, si estás bien, bajate.
–Pero no entiendo por qué querés que me baje.
–Me estás manchando los asientos, amiga. Mirá, mirá. Es un asco. No sé si van a servir más.
–Perdón.
–Esto es sangre, ¿entendés? ¿Con qué la saco?
–No sé… Con lavandina.
–Te llevo a un hospital.
–No voy a ir a un hospital.
–Entonces bajate de una vez, la concha de tu madre.
Aike se levanta despacio. La sangre pegada a su cuerpo la protege del frío. El chofer va hasta su asiento, abre la puerta de adelante y le hace una seña con la mano, hacia afuera. Aike reconoce el descampado. Están a más de veinte paradas de su casa. Quiere decir algo, una frase, una palabra mágica que la ayude a quedarse en el colectivo, pero no se le ocurre nada. Entonces se saca la lengua de Benny del bolsillo de su camperón, la arroja a la cara del chofer y se baja de un salto.

La lengua de Benny abofetea el rostro sorprendido y rebota por varios recovecos hasta caer a los pies del colectivero

–¡Limpiá eso también! –grita Aike desde abajo, antes de ponerse a correr.

LA IDEA

—Bueno... Es verdad... Fue idea mía. Porque ella no quería. Cuando le pedí, me miró con una cara que no me la olvido más. ¿Qué vamos a hacer con un bebé? ¿Cómo mierda lo vamos a mantener? Pero yo estaba seguro. Aunque en esa época ninguno de los dos trabajaba, nos cagábamos de hambre a veces. Pero yo estaba seguro de que las cosas iban a cambiar. Porque te juro, pensé que teniendo un hijo íbamos a ser más felices. Que nos íbamos a olvidar. De nosotros, de nuestros mambos de mierda. Por lo menos en parte, yo me olvidé. La brujita me está enseñando, ¿sabés? A ser menos egoísta. A veces la miro y no lo puedo creer. Que un día vaya a ser tan bruja como la madre. Eso es lo único que me da miedo. Que crezca y salga amargada. Porque la amargura ya te viene en el nacimiento, sobre todo cuando sos mina. Las minas se amargan fácil, lo tienen en la sangre. Por eso mucho no le puedo pedir a mi mujer, ya es así y esas cosas no cambian, empeoran con los años y si te tocó, o te vas a la mierda y que se curta o te acostumbrás. Yo lo pensé. De irme y que haga cualquier

desastre, pero no puedo. No sé si a la larga me pueda bancar algo así. Por más que yo no tenga la culpa. No sé, no puedo, ¿entendés? Pero eso no quiere decir que no sienta algo fuerte por vos... Yo te veo así, tan callada, siempre tapada y con los pelos revueltos. Y pienso, que a lo mejor si estamos juntos, podés ser otra persona. Yo te haría arreglarte, te llevaría a comprarte ropa linda. Con lo flaquita que sos, todo te queda bien, mi amor. No tenés que tener miedo de mostrar nada. Y todavía te quedan tus años para divertirte hasta que se te vaya la regla. Y ahora con unas pastillas se soluciona todo, el tema de las ganas de coger, de acabar. Las ganas las arreglás con pastillas. Hay otras cosas más complicadas pero si querés ser feliz, tampoco te podés poner en exquisito. Eso es lo que no entiende mi mujer. Tenés que aprovechar lo que tenés a tu alcance. Hacer cosas por vos mismo y que el mundo se vaya a la mierda... ¿Qué te pasa mi amor? ¿Por qué estás tan callada?... Dale, decime... Te pediría otro cafecito pero estoy cortísimo. Este invierno es una muerte... Bueno... Pero vos estás bien de guita, igual... Qué culo las minas... Si yo pudiera sacar plata por coger... Le estaría otorgando préstamos a Bill Gates... Bueno... ¿Querés que vayamos yendo?... Bueno, vamos. Vamos ya mismo, entonces, mi amor. Al infinito y más allá.

EL FINAL

Aike corre al costado de la ruta, se asusta de un bocinazo, zigzaguea y perfora como una luz de piel el ojo nublado del horizonte. Como un motor bajo presión corta de a tajos el descampado verde y negro. Nadie la persigue todavía salvo la promesa violenta de sus premoniciones. Pega un acelere más intenso y entiende que va a morir escapando de nadie. Va a reventar igual que un personaje de sus cuentos, roto por salirse de la órbita que nunca lo contuvo.
Revienta pero no muere. Las costuras de sus piernas se abren. Entra tierra, bichos, aire de la noche, ruidos, basura empujada por el viento. Gruesa de elementos diversos y en disputa, baja la velocidad, trota. Las promesas violentas siguen lejos. Trota por ningún camino. Se acuerda de algo. Del cielo de día. Del agua limpia de un vaso hace muchos años. De la última vez que se miró en un espejo. De una foto del planeta Júpiter. De su mamá. De todos los viajes que hizo en colectivo. Del primer cuento que escribió.
Tiene nueve años. Es una tarea para el colegio. Leen

Alicia en el país de las maravillas. Una versión resumida. Ella entiende mal. En lugar de responder por qué corre el conejo, escribe que había una vez un conejo perseguido por un cazador y que el cazador corre desnudo. La maestra la reta por escribir una desnudez. Cita a su mamá. Su mamá nunca se presenta.

Las piernas se le desinflan, los elementos se escapan, las costuras se cierran. Más lejos hay autos, camiones, colectivos, un amanecer que sucede en cualquier momento. Bichos de todos los tamaños, las formas y los colores imaginables. Invisibles, misteriosos como estrellas de otras galaxias. Hay una casa, un gato resbalando sobre la sombra de otra criatura que escapa, un incendio, una inundación. Explosiones solares. Promesas violentas por cumplirse. Respiraciones en fuga, millones de huidas, pastos adheridos a las suelas de millones de zapatillas. Hay un paisaje para cada escape. Un final imposible en combate contra un borramiento constante.

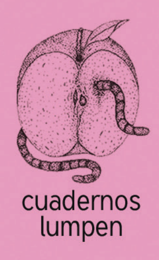
Aike desacelera. Camina. Pasea. Tiene pasto pegado en el pantalón. Le gustaría nunca más ir a su casa ni a ningún otro lugar, ni preocuparse por nada de lo que pudiese pasarle, ni necesitar comer ni cagar ni dormir ni parar de dar vueltas por el descampado pero sabe que ni uno solo de sus deseos son posibles mientras siga viva. Entonces para de caminar.

Asexual se mandó a imprenta con la Luna llena en Libra, Mercurio retrógado en Pisis, Urano en Tauro, Venus en Acuario y el Sol en el grado cero de Aries. Primer día del equinoccio de marzo de 2019 y Día Internacional de la Eliminación de la Discriminación Racial.
En la edición se usó la tipogrfía libre Tuffy.

"Una noche de invierno Aike y Sigma sueñan el mismo sueño. En el sueño son parte de un extenso grupo de personas que se ofrecen como voluntarias para probar una sustancia que borra recuerdos relacionados con el abuso. En el sueño de Aike, la sustancia es parecida al plomo y se aplica en los ojos con un gotero. Produce una ceguera temporal, luego de la cual los recuerdos del abuso desaparecen.

En el sueño de Sigma, es una droga vegetal procesada por animales de granja que lograron emanciparse del exterminio perpetrado por la industria del alimento y es suministrada en vasos de papel reciclado, por ovejas.

Tanto el grupo de Aike como el de Sigma consiguen borrar los recuerdos traumáticos. Pero junto con las memorias, pierden el freno inhibitorio que les impedía defenderse de las agresiones"



cuadernos
lumpen